

¿Que le ha sucedido a la adoración?

A.W. Tozer

INTRODUCCIÓN

ANTES de su muerte en 1963. El doctor A. W. Tozer expresó la opinión de que -la adoración aceptable a Dios es la joya ausente de la corona en el cristianismo evangélico-. Él quería escribir otro libro, un libro acerca de las actitudes en la adoración cristiana.

En 1962 predicó una serie de mensajes: -La adoración, el principal fin del hombre», desde su propio pulpito en la iglesia de Avenue Road en Toronto. En uno de estos mensajes le dijo a su congregación:

«La venida del Señor se está acercando. Intento hacer toda mi predicación con esto en mente. Todo lo que escribo es con esta posibilidad en mente.

Quiero escribir otro libro acerca del tema de la adoración a Dios. Si no logro escribir este libro, todo estará bien. Preferiría que viniera Jesucristo antes que escribir el libro.

He leído que le preguntaron a John Wesley una vez cómo reaccionaría si supiera que Cristo volvía aquella misma noche. Su réplica instantánea fue: "No creo que fuera a cambiar ninguno de mis planes."»

Hace varios años, aquellas cintas de sermones de Tozer sobre la adoración fueron puestas a disposición de *Christian Publications*. Los temas acerca de los que predicó hace más de veinte años siguen pareciendo oportunos. Sus llamamientos son aún más apremiantes que lo que eran entonces.

Los mensajes que os vienen en estos capítulos son típicos de Tozer. Se ha tenido un gran cuidado en la recopilación, arreglo y edición, a fin de que aquello en que Tozer estaba interesado salga con claridad, tal como los pronunció en 1962.

GERALD SMITH

CAPÍTULO 1

LA ADORACIÓN EN LA IGLESIA CRISTIANA

Yo sé tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente!

Así por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca.

Porque dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad: y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.

Te aconsejo que de mí compres oro refinado por fuego, para que seas rico, y vestiduras Maricas para que te cubras, y no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez: y unge tus ojos con colirio, para que veas.

Yo reprendo y corrijo a todos los que amo: sé, pues, celoso, y arrepíentete.

He aquí, yo estoy a la puerta y llamo: si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.

Al que venza, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.

El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Apocalipsis 3:15-22

LAS IGLESIAS CRISTIANAS han llegado al peligroso tiempo predicho hace tanto tiempo. Es una época en la

que nos podemos dar palmaditas en la espalda y felicitarnos unos á otros, unirnos al coro: «¡si somos ricos, nos hemos enriquecido, y de ninguna cosa tenemos necesidad!»

Desde luego, es cierto que apenas si nos falta algo en nuestras iglesias hoy en día... excepto lo más importante. Estamos carentes de la ofrenda genuina y sagrada de nosotros mismos y de maestra adoración al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

En el mensaje de Apocalipsis, el ángel de la iglesia de Laodicea recibe esta acusación y este llamamiento (3:17. 19):

Dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad... Yo reprendo y corrijo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete.

Mis propias lealtades y responsabilidades están y siempre estarán con las iglesias fuertemente evangélicas, creyentes en la Biblia y que dan honra a Cristo. Nos hemos proyectado adelante. Estamos edificando grandes iglesias y congregaciones. Nos jactamos de elevadas normas y hablamos mucho acerca del avivamiento.

Pero quiero hacer una pregunta, y no es mera retórica: *¿Que le ha sucedido a la adoración?*

La contestación de muchos es: "Somos ricos y no tenemos necesidad de nada. ¿No dice esto algo acerca de la bendición de Dios?"

¿Sabías que el célebre filósofo Jean-Paul Sartre que es tan citado, describe su dirigirse a la filosofía y a la desesperación como un apartamiento de una iglesia secularista? Dice: «No reconocí en el Dios atrayente que me enseñaban a aquel que estaba esperando por mi alma. Yo necesitaba un Creador: ¡me dieron un gran negociante!»

Ninguno de nosotros está tan preocupado como debiera por la imagen que verdaderamente proyectamos a la comunidad que nos rodea. Al menos, no cuando profesamos pertenecer a Jesucristo y seguimos fallando en exhibir Su amor y compasión como debiéramos.

Los cristianos fundamentalistas y «ortodoxos» hemos ganado la reputación de ser «tigres», grandes luchadores por la verdad. Nuestras manos están llenas de callos por los guanteletes de bronce que hemos llevado al golpear a los liberales. Por causa del significado de nuestra fe cristiana para un mundo perdido, estamos obligados a mantenernos por la verdad y a contender por la fe cuando ello es necesario.

Pero hay un camino mejor, incluso en nuestros tratos con los liberales en fe y en teología. Podemos hacer mucho más por ellos asemejándonos a Cristo que lo que podemos hacer batiéndolos en la cabeza, en sentido figurado, con nuestros nudillos.

Los liberales nos dicen que no pueden creer la Biblia. Nos dicen que no pueden creer que Jesucristo fue el unigénito Hijo de Dios. Al menos, la mayoría de ellos son honrados acerca de ello. Por otra parte, estoy seguro de que no vamos a hacer que doblen la rodilla maldiciéndolos. Si somos conducidos por el Espíritu de Dios y si mostramos el amor de Dios que este mundo necesita, nos transformamos en «santos atrayentes». Lo extraño y maravilloso acerca de esto es que los santos verdaderamente atrayentes y amantes ni siquiera conocen su atractivo. Los grandes santos del pasado no sabían que eran grandes santos. Si alguien se lo hubiera dicho no lo hubieran creído, pero los que estaban a su alrededor sabían que Jesús estaba viviendo Su vida en ellos.

Creo que nos unimos al grupo de los santos atrayentes cuando se nos hacen claros los propósitos de Dios en Cristo. Nos unimos a este grupo cuando comenzamos a adorar a Dios por ser Él quien es,

A veces los cristianos evangélicos parecen confusos e inciertos acerca de la naturaleza de Dios y de Sus propósitos en creación y redención. En tales casos, los predicadores son a menudo los culpables. Sigue habiendo predicadores y maestros que dicen que Cristo murió para que no bebiéramos, no fumáramos y no fuéramos al teatro,

¡No es para asombrarse que la gente esté confundida! No es para asombrarse que se habitúen a recaer cuando tales cosas son las que se les presenta como la razón para la salvación.

¡Jesús nació de una virgen, sufrió bajo Poncio Pilato, murió en la cruz y resucitó de la tumba para transformar a los rebeldes en adoradores! Lo ha hecho todo de gracia. Nosotros somos los que recibimos de ella.

Puede que esto no suene a dramático, pero es la revelación de Dios y el camino de Dios.

Otro ejemplo de nuestros pensamientos erróneos acerca de Dios es la actitud de tantos de que Dios es ahora un caso caritativo. Como si fuera un encargado frustrado que no puede encontrar ayuda suficiente. Como estando junto al camino pidiendo cuántos vendrán en su ayuda y comenzarán a hacer Su obra.

¡Ah, si tan sólo recordáramos quién El es! Dios nunca realmente nos ha necesitado. ¡A ninguno de nosotros! Pero nos imaginamos que sí nos necesita, ¡y hacemos de ello una gran cosa cuando alguien acepta "trabajar para el Señor»!

Todos debiéramos estar dispuestos a trabajar para el Señor, pero es una cuestión de gracia de parte de Dios. Tengo la opinión de que no deberíamos preocuparnos por trabajar para Dios hasta que hayamos aprendido el significado y el deleite de adorarle. Un adorador puede trabajar con calidad eterna en su trabajo pero un obrero que no adora está sólo apilando madera, paja y hojarasca para el tiempo en que Dios abraza el mundo. Me temo que hay muchos cristianos profesantes que no quieren oír tales declaraciones acerca de su «activo programa de trabajo», pero es la verdad. ¡Dios quiere llamarnos de vuelta a aquello para lo que nos creó: a adorarle y a gozar de Él para siempre! Es así, por una profunda adoración, que llevamos a cabo Su obra.

Oí a un presidente de una universidad decir que la Iglesia está «sufriendo una fiebre de amateurismo».

Cualquier persona inexperta, impreparada, inespiritual y vacía puede iniciar algo religioso y encontrar abundancia de seguidores que le oirán, y pagarán y promoverán su causa. Podrá llegar a hacerse muy evidente que la tal persona, para empezar, jamás había oído de Dios.

Estas cosas están sucediendo a nuestro alrededor porque no somos adoradores. Si estamos verdaderamente entre los adoradores no estaremos malgastando el tiempo en proyectos carnales o mundanos.

Todos los ejemplos que tenemos en la Biblia ilustran que la adoración feliz, devota y reverente es el empleo norma de los seres morales. Cada atisbo que se nos da del cielo y de los seres creados por Dios es siempre un atisbo de adoración y de regocijo y alabanza por cuanto Dios es quien es.

En Apocalipsis 4:10, 11, el apóstol Juan nos da un claro retrato de los seres creados alrededor del trono de Dios. Juan habla de la ocupación de los ancianos de esta manera:

Los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo:

Señor, eres digno de recibir la gloria y el honor y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.

Puedo decir con certeza, en base a la autoridad de todo lo que está revelado en la Palabra de Dios, que cualquier persona, hombre o mujer en esta tierra, que se siente aburrída y repelida por la adoración no está lista para el cielo.

Pero casi puedo oír decir a alguien: «¿Se estará Tozer apartando de la justificación por la fe? ¿No hemos oído siempre que somos justificados y salvados y en nuestro camino al cielo por la fe? Os aseguro que Martín Lutero nunca creyó en la justificación por la fe con más fuerza que yo mismo. Creo en la justificación por la fe. Creo que somos salvos por la fe en el Hijo de Dios como Señor y Salvador.

Pero en la actualidad hay una cualidad automática, mortífera, acerca de ser salvo. Y me preocupa mucho. Digo una cualidad «automática». «Póngase una cantidad de fe como una moneda en la ranura, baje la palanca y saque la pequeña tarjeta de la salvación. Póngala en su cartera, y ¡ya se puede ir!»

Después de esto, el hombre o la mujer pueden decir: «Sí soy salvo.» ¿Cómo lo sabe? «Puse la moneda en la ranura. Acepté a Jesús y firmé la tarjeta.»

Muy bien. No hay nada intrínsecamente malo firmando una tarjeta. Puede ser algo de ayuda para saber quién ha hecho una indagación.

Pero la verdad, hermano y hermana, es que hemos sido traídos a Dios y a la fe y a la salvación para que adorásemos a Dios en contemplación arrobada. No venimos a Dios para ser cristianos automáticos, cristianos de corte, cristianos hechos con un molde.

Dios ha dado Su salvación para que podamos ser, individual y personalmente, vibrantes hijos de Dios', amar a Dios con todo nuestro corazón y adorándole en la hermosura de la santidad.

Esto no significa, ni lo estoy diciendo, que debemos adorar a Dios todos de la misma manera. El Espíritu Santo no obra mediante la idea o fórmula preconcebida de nadie. Pero sí sé esto: cuando el Santo Espíritu de Dios viene entre nosotros con Su unción, nos convertimos en un pueblo adorador. Para algunos esto puede ser difícil de admitir, pero cuando estamos verdaderamente adorando y contemplando arrobados al Dios de toda gracia, de todo amor y misericordia y de toda verdad, puede que no nos quedemos lo suficientemente quietos para agradecer a todos.

Leo la descripción de Lucas de las multitudes en aquel primer Domingo de Ramos:

Cuando llegaban ya cerca de la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos comenzó a alabar con alegría a Dios a grandes voces por todas las maravillas que habían visto, diciendo:

¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor; paz en el cielo, y gloria en las alturas!

Entonces algunos de los fariseos de entre la multitud le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. Él respondiendo, les dijo: Os digo que si éstos callan, las piedras clamarán (19:37-40).

Dejad que os diga dos cosas aquí.

Primero, no creo que sea necesariamente cierto que estamos adorando a Dios cuando hacemos mucho ruido. Pero no es infrecuente que la adoración sea audible.

Cuando Jesús entró en Jerusalén presentándose como el Mesías hubo una gran multitud, y mucho ruido. Es indudable que muchos se unieron en los cánticos y en la alabanza que nunca habían aprendido a cantar afinando. Cuando se tiene un grupo de gente cantando donde sea, uno sabe que algunos no entonarían bien. Pero éste es el punto central de su adoración. Estaban

En segundo lugar, quisiera advertir a los que están revestidos de cultura, que son quietos, que se dominan a sí mismos, calmados y sofisticados, que si se sienten embarazados en la iglesia cuando algún feliz cristiano dice «¡Amén!», puede que estén realmente necesitando algo de iluminación espiritual. Los santos adoradores de Dios en el Cuerpo de Cristo han sido frecuentemente un poco ruidosos.

Espero que hayas leído algunos de los devocionales dejados por aquella vieja santa inglesa, Lady Julián, que vivió hace más de 600 años.

Escribió un día que había estado meditando acerca de cuan excelso y sublime era Jesús, y, sin embargo, cómo Él mismo suple la parte más humilde de nuestro deseo humano. Recibió tal bendición dentro de su ser que no se podía dominar. Lanzó un grito y alabó a Dios en voz alta en latín.

Traducido, habría salido algo así como «¡Bien, gloria a Dios!»

Ahora bien, si esto te turba, amigo, puede ser porque tú no conoces el tipo de bendiciones espirituales y deleite que el Espíritu Santo está esperando dar entre los santos adoradores de Dios.

¿Te has dado cuenta de lo que dijo Lucas acerca de los fariseos y de su petición de que Jesús reprendiera a Sus discípulos por alabar a Dios a grande voz? Sus normas rituales probablemente les permitían musitar las palabras «¡Gloria a Dios!», pero realmente les apenaba oír a alguien decirlas en voz alta.

Jesús les vino a decir a los fariseos: «Están haciendo lo correcto. Dios mi Padre. Yo y el Espíritu Santo debemos ser adorados. Si los hombres y las mujeres *no* me adoran, ¡las mismas piedras clamarán mis alabanzas!»*

Aquellos fariseos religiosos, pulidos y alisados y vueltos a pulir, se habrían muerto de impresión si hubieran oído a una roca dar una voz y alabar al Señor.

Bien, nosotros tenemos grandes iglesias y hermosos santuarios, y nos unimos en el coro de «De nada tenemos necesidad». Pero hay todas las indicaciones de que necesitamos adoradores.

Tenemos muchos hombres dispuestos a sentarse en nuestras juntas de iglesia que no tienen deseo de gozo ni radiancia espiritual, y que nunca se presentan en las reuniones de oración de la iglesia. Éstos son hombres que a menudo toman las decisiones acerca del presupuesto de la iglesia y de los gastos de la iglesia, y adonde irán los adornos en el nuevo edificio.

Éstas son las personas que gobiernan la iglesia, pero no puedes conseguir que vayan a la reunión de oración, porque no son adoradores.

Quizá no creas que ésta es una cuestión importante, pero esto, por lo que a mí respecta, te pone al otro lado.

Me parece que siempre ha sido una terrible incongruencia que personas que no oran y que no adoran están sin embargo dirigiendo muchas de las iglesias y, finalmente, decidiendo la dirección que van a tomar.

Quizá nos hiera muy de cerca, pero deberíamos confesar que en muchas «buenas» iglesias dejamos que las mujeres oren y los hombres voten.

Debido a que no somos verdaderamente adoradores, pasamos mucho tiempo en las iglesias sólo rodando las ruedas quemando la gasolina, haciendo ruido, pero no llegando a ninguna parte.

¡Oh, hermano! ¡Oh, hermana! Dios nos llama a adorar, pero en muchos casos nos dedicamos a un entretenimiento, sólo a la zaga de los teatros.

Ahí es donde estamos, incluso en las iglesias evangélicas, y no me importa decir que la mayoría de las personas que decimos estamos tratando de alcanzar nunca vendrá a la iglesia a ver un montón de actores amateurs exhibiendo un talento de andar por casa.

Os lo digo: Fuera de la política, no hay ningún otro campo de actividad que tenga más palabras y menos hechos, más viento y menos lluvia.

¿Qué vamos a hacer acerca de esta maravillosa y hermosa adoración a la que Dios nos llama? Antes preferiría adorar a Dios que hacer otra cosa que yo sepa en todo este ancho mundo.

No intentaré siquiera decir cuántos himnarios están apilados en mi estudio. No puedo cantar medianamente bien, pero esto no es cosa que le importe a nadie. ¡Dios me considera un astro de la ópera!

Dios me oye mientras le canto los viejos himnos franceses traducidos, los viejos himnos latinos traducidos. Dios me escucha cuando le canto los viejos himnos griegos de la iglesia de Oriente, así como los hermosos salmos en metro y algunos de los más sencillos cánticos de Watts, Wesley y el resto.

Quiero decir que preferiría adorar a Dios que hacer cualquier otra cosa. Puede que contestes: -Si adoras a Dios no haces nada más.»

Pero esto sólo demuestra que no has hecho tus deberes. La parte hermosa de la adoración es que te prepara y capacita para lanzarte a las cosas más importantes que se deben hacer para Dios.

¡Escúchame! Prácticamente cada gran acción hecha en la iglesia de Cristo remontándonos hasta el apóstol Pablo fue hecha por personas ardientes con la radiante adoración de su Dios.

Un examen de la historia de la iglesia te demostrará que fueron los ardientes adoradores los que también vinieron a ser los grandes obreros. Aquellos grandes santos cuyos himnos cantamos tan tiernamente eran activos en su fe hasta el punto de que tenemos que asombrarnos de cómo pudieron hacerlo todo.

Los grandes hospitales surgieron de los corazones de hombres adoradores. Las instituciones mentales surgieron de los corazones de hombres y mujeres adoradores y compasivos. Deberíamos decir también que allí donde la iglesia ha salido de su letargo, levantándose de su sueño y en las mareas del avivamiento y de la renovación espiritual, siempre los adoradores estaban detrás de ello.

Cometeremos un error si sólo nos refrenamos y decimos: «Pero si nos damos a la adoración, nadie hará nada.»

Al contrario, si nos damos al llamamiento de Dios a adorar, cada uno hará más de lo que está haciendo ahora. Sólo que lo que él o ella hagan tendrán significancia y sentido. Tendrá la cualidad de la eternidad en sí: será oro, plata y piedras preciosas, no madera, paja y hojarasca.

¿Por qué deberíamos estar callados acerca de las maravillas de Dios? Deberíamos unirnos felices a Isaac Watts en uno de sus himnos de adoración:

*Bendice, alma mía, al Dios viviente,
llama de vuelta tus pensamientos que vagan en redor.
Que todos los poderes en mí se unan
En obra y culto divino de adoración.*

*Bendice, alma mía, al Dios de gracia. Sus favores demandan tu más suma alabanza. ¿Por qué las maravillas que Él ha obrado se han de perder en silencio, olvidadas?
Que toda la tierra Su poder confiese. Que toda la tierra Su gracia adore. Los gentiles, con los judíos, se*

unirán En obra y culto divino de adoración.

No puedo hablar por ti, pero quiero estar entre los adoradores. No quiero ser simplemente parte de alguna gran maquinaria eclesiástica donde el pastor le da a la manivela y la máquina va. Ya lo sabes: el pastor ama a todos, y todos le aman a él. Tiene que hacerlo. Le pagan para esto.

Quisiera que pudiéramos volver a la adoración.

Entonces, cuando la gente entre en la iglesia se dará cuenta en seguida de que han entrado entre personas santas, el pueblo de Dios. Podrán testificar: «En verdad Dios está en este lugar.»

CAPITULO 2

LA VERDADERA ADORACIÓN DEMANDA EL NUEVO NACIMIENTO

Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados.

En los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora actúa en los hijos de desobediencia.

Entre los cuales también todos nosotros nos movíamos en otro tiempo al impulso de los deseos de nuestra carne, satisfaciendo las tendencias de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.

Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó.

Aun estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvados), Y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús.

Para mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de su gracia en su benignidad para con nosotros en Cristo Jesús.

Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe; y esto no proviene de vosotros, pues es don de Dios; No a base de obras, para que nadie se gloríe.

Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano, para que anduviésemos en ellas. Efesios 2:1-10

HAY MUCHAS ideas extrañas acerca de Dios en nuestro tiempo, y por ello hay todo tipo de sustitutivos de la verdadera adoración. A menudo he oído a una u otra persona dentro de la iglesia cristiana confesar con tristeza: -Me parece que no sabemos demasiado acerca de Dios»

Si ésta es una verdadera confesión, aquella persona debería ser entonces lo suficientemente honrada para hacer una necesaria confesión paralela: -Me parece que no sabemos demasiado acerca de la adoración.»

En realidad, las creencias básicas acerca de la Persona y naturaleza de Dios han cambiado tanto que hay entre nosotros hombres y mujeres que encuentran fácil jactarse acerca de los beneficios que reciben de Dios, ¡sin un sólo pensamiento o deseo de conocer el verdadero significado de la adoración!

Mis reacciones ante una mala comprensión tan extrema de la verdadera naturaleza de un Dios santo y soberano son inmediatas.

La primera es que creo que lo último que Dios pueda desear es tener cristianos superficiales y mundanos que se jacten acerca de Él.

Mi segunda reacción es que no me parece suficientemente bien reconocido que el más elevado deseo de Dios es que cada uno de Sus hijos creyentes le ame y adore de tal manera que estemos de continuo en Su presencia, en Espíritu y en verdad. Ésta es la verdadera adoración. Algo maravilloso y milagroso y cambiador de la vida tiene lugar dentro del alma humana cuando Jesucristo es invitado a tomar el lugar que

le corresponde. Esto es exactamente lo que Dios anticipó cuando obró el plan de la salvación. Él quería hacer adoradores de unos rebeldes Él quería restaurar a los hombres y mujeres al lugar de adoración que nuestros primeros padres conocían cuando fueron creados.

Si conocemos este resultado como una bendita realidad en nuestras propias vidas y experiencias, entonces es evidente que no esperaremos a que llegue el domingo para poder «ir a la iglesia y adorar».

La verdadera adoración de Dios tiene que ser una actitud o estado mental constante dentro del creyente. Siempre será un sostenido y bendito reconocimiento de amor y adoración, sometido en esta vida a grados de perfección e intensidad.

Ahora bien, se tiene que exponer el lado negativo del enfoque usual a la adoración. En contra de lo que se está diciendo y practicando en las iglesias, ¡la verdadera adoración de Dios no es algo que «hacemos» con la esperanza de parecer ser religiosos! Nadie puede discutir con verdad que muchas personas cuyo más profundo deseo es simplemente el de encontrarse entre aquellos que son «sensibles a la religión» ponen su énfasis semanal en asistir al «servicio de adoración».

¿Qué nos dicen las Escrituras cristianas en este Punto al considerar la realidad de la comunión entre Dios y Sus hijos redimidos? Lo que aprendemos es muy llano y alentador. Habiendo sido hechos a Su imagen, tenemos dentro de nosotros la capacidad de conocer a Dios y el instinto de que debemos adorarle. En el mismo momento en que el espíritu de Dios nos ha vivificado en Su vida en regeneración, ¡todo nuestro ser siente su parentesco con Dios salta en gozoso reconocimiento!

Aquella respuesta dentro de nuestros seres, una respuesta al perdón y a la regeneración, señala el milagro del nacimiento celestial, sin el que no podemos ver el reino de Dios.

Sí, Dios desea y está complacido en comunicar con nosotros a través de los caminos de nuestras mentes, nuestras voluntades y nuestras emociones. El continuado intercambio sin obstáculos de amor y pensamiento entre Dios y las almas redimidas de hombres y mujeres es el palpitante corazón de la religión del Nuevo Testamento.

En realidad, es imposible considerar esta nueva relación sin confesar que la obra primaria del Espíritu santo es restaurar el alma perdida a una íntima comunión con Dios por medio del lavamiento de la regeneración.

Para cumplir esto. Él primero revela Cristo al corazón arrepentido: -Por tanto os hago saber, que nadie que hable por Espíritu de Dios, llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por Espíritu Santo. (1 Corintios 12:3, RV).

Luego considera las propias palabras de Cristo a Sus discípulos acerca de los rayos más resplandecientes de Su propio ser que iluminarán al alma nacida de nuevo: «Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas. y os recordará todo lo que yo os he dicho* (Juan 14:26). Recordemos, conocemos a Cristo sólo hasta allí donde nos capacita el Espíritu Santo. ¡Cuan agradecidos deberíamos sentirnos por descubrir que es el deseo de Dios conducir a cada corazón dispuesto a las profundidades y alturas del conocimiento y de la comunión divinos! Tan pronto como Dios envía el Espíritu de Su Hijo a nuestros corazones, decimos «Abba», y estamos adorando, pero probablemente no en el sentido plenamente neotestamentario de la palabra.

Dios desea tomarnos más profundamente a Sí mismo. Tenemos mucho que aprender en la escuela del Espíritu.

Él quiere conducirnos en nuestro amor por Aquel que nos amó primero. Él quiere que cultivemos dentro de nosotros la adoración y admiración de la que Él es digno. Él quiere revelarnos a cada uno de nosotros el bendito elemento de la fascinación espiritual en la verdadera adoración. Él quiere enseñarnos la maravilla de quedar llenos con entusiasmo moral en nuestra adoración, en éxtasis con el conocimiento de quién es Dios. ¡Él quiere que quedemos asombrados ante la inconcebible elevación y magnitud y esplendor del Dios omnipotente!

No puede haber sustitutivo humano para esta clase de adoración y para esta clase de respuesta dada por el Espíritu al Dios que es nuestro Creador, Redentor y Señor.

Pero hay a todo nuestro alrededor un sustitutivo muy evidente y persistente para la adoración. Me refiero a la

constante tentación entre los creyentes cristianos de estar dedicados, en todo momento que están despiertos, a una actividad religiosa.

No podemos negar que ésta es de una manera decidida una idea eclesial de servicio. Muchos de nuestros sermones y mucha de nuestra actual enseñanza eclesiástica contemporánea se inclinan a la idea de que el plan de Dios para nosotros es que estemos ocupados, ocupados, ocupados... porque ésta es la mejor causa en *ti* mundo en la que nos hemos involucrado.

Pero si nos queda algo de honradez en nosotros, tenemos la persuasión en nuestros momentos de mayor quietud de que la verdadera adoración espiritual está en un punto desalentadoramente bajo entre los cristianos Profesantes.

¿Nos atreveremos a preguntar cómo hemos llegado a tal estado? Si estás dispuesto a preguntarlo, yo estoy dispuesto a dar la respuesta.

En realidad, responderé haciendo otra pregunta obvia. ¿*Como* puede nuestro acercamiento a la adoración ser mas vital de lo que es cuando tantos que nos conducen, tanto desde el pulpito como en los bancos dan poca indicación de que la comunión con Dios es deleitosa hasta más allá de lo que se pueda expresar?

Volvamos por un momento a vuestro conocimiento del Nuevo Testamento, y tendréis que estar de acuerdo en que éste es precisamente el argumento que Jesús les estaba haciendo a los duros y pretenciosos fariseos acerca de la verdadera adoración en sus tiempos.

Ellos eran religiosos en su vida diaria. Eran externamente piadosos y estaban bien familiarizados con las formas de adoración, pero dentro de sus corazones había actitudes, faltas e hipocresías que llevaron a Jesús a describirlos como «sepulcros blanqueados».

Las únicas justicias que ellos conocían y comprendían eran su propia forma externa de justicia basada en el mantenimiento de un nivel bastante elevado de moralidad exterior, Pero, por cuanto pensaban que Dios era tan duro y austero e implacable como lo eran ellos, su concepto de adoración era necesariamente mezquino e indigno.

Para un fariseo, el servicio de Dios era una esclavitud que no amaba, pero de la que no podía escapar sin una pérdida demasiado grande. Dios, tal como lo veía el fariseo, no era un Dios con el que fuera fácil vivir. Por lo que su religión diaria se hacía triste y dura, sin ni una traza de amor en ella.

De nosotros los se puede decir que tratamos de ser como nuestro Dios. Si lo concebimos como duro, implacable y brusco, ¡así seremos nosotros!

La verdad bendita e invitadora es que Dios es el más atrayente de todos los seres, y que en nuestra adoración dé El deberíamos de hallar un placer inenarrable.

El Dios viviente ha estado dispuesto a revelarse a nuestros corazones buscadores. Él querría que supiéramos que El es todo amor y que los que confían en Él nunca tienen que conocer nada más que aquel amor.

Dios querría que supiéramos que Él es justo, ciertamente que jamás pasará el pecado por alto. Él ha querido hacer abrumadoramente claro que por medio de la sangre del pacto eterno Él puede actuar por nosotros exactamente como si jamás hubiéramos pecado.

De una manera desconocida para la mentalidad de un fariseo, Dios tiene comunión con Sus redimidos en una comunión fácil y sin inhibiciones que da reposo y sanidad al alma.

El Dios que nos ha redimido en amor, por medio de los méritos del Hijo Eterno, no es irrazonable. No es egoísta. Tampoco es temperamental. Lo que Él es hoy veremos mañana que también es, y al siguiente día y al año después.

El Dios que desea nuestro compañerismo y nuestra comunión no es difícil de complacer, aunque pueda ser difícil de satisfacer. Él espera de nosotros sólo aquello que Él mismo ha suplido. Él está presto a observar cualquier sencillo esfuerzo para complacerle, e igual de presto a pasar por alto nuestras imperfecciones cuando sabe que queríamos hacer Su voluntad.

Ésta es la mejor de las buenas nuevas. Dios nos ama por nosotros mismos Él valora nuestro amor más que valora las galaxias de nuevos mundos creados. Él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo.

El Dios que amamos puede a veces disciplinarnos, es cierto. Pero incluso esto lo hace con una sonrisa: la

sonrisa satisfecha y tierna de un Padre que está lleno «e complacencia para con un hijo imperfecto pero prometedor, que va creciendo para ir pareciéndose más y más cada día a Aquel de quien es hijo.

Deberíamos alborozarnos en el gozo de creer que Dios es la suma de toda paciencia y la verdadera esencia de la bondadosa buena voluntad. Cuando más le complacemos _no es cuando tratamos ansiosamente de ser buenos, sino al arrojarnos en Sus brazos con todas nuestras imperfecciones y creyendo que El lo comprende todo y que sigue amándonos.

La parte gratificadora de todo esto es que esta relación entre Dios y el alma redimida la conocemos en una consciencia personal y real.

Es en verdad una consciencia personal. Esta consciencia no viene por medio del cuerpo de creyentes como tal sino que es conocida por parte del individuo, y por parte del cuerpo por medio de los individuos que lo componen.

Y sí, es consciente; no permanece en el umbral de la consciencia y obra desde allí sin que el alma lo sepa.

Esta comunicación, esta consciencia, no es un fin, sino realmente un inicio. Es el punto de la realidad en el que comenzamos nuestra comunión y amistad y comunicación con Dios. Pero donde paramos no lo sabemos, porque en las misteriosas profundidades del Dios Trino y Uno no hay ni límite ni fin.

Cuando alcanzamos esta dulce relación, comenzamos a aprender la reverencia atónita, la adoración sin aliento, la fascinación maravillada, la sublime admiración de los atributos de Dios y algo del silencio suspendido de que sabemos cuándo Dios está cerca.

Puede que nunca hayas sido consciente de ello, pero todos estos elementos en nuestra percepción y consciencia de la Presencia divina constituyen lo que la Biblia llama «el temor de Dios».

Podemos conocer un millón de temores en nuestras horas de dolor o en amenazas de peligro o en la anticipación de un castigo o de la muerte. Lo que necesitamos reconocer con llaneza es que el temor de Dios que la Biblia encomia nunca puede ser inducido por amenazas ni castigos de ningún tipo.

El temor de Dios es aquella «reverencia atónita» de la que escribió el gran Faber. Yo diría que puede ser graduada en cualquier punto desde su elemento básico -el terror del alma culpable delante de un Dios santo- hasta el arrebatamiento fascinado del santo adorador. Hay bien pocas cosas absolutas en nuestras vidas, pero creo que el temor reverente de Dios mezclado con el amor, la fascinación, el asombro atónito y la devoción es el estado más gozoso y la emoción más purificadora que pueda conocer el alma humana.

En mi propio ser, no podría existir mucho tiempo como cristiano sin esta consciencia interior de la Presencia y cercanía de Dios.

Supongo que hay algunas personas que se encuentran lo suficientemente fuertes para vivir de día en día sobre la base de la ética sin ninguna experiencia espiritual íntima.

Dicen que Benjamín Franklin era este tipo de hombre. Era un deísta, no un cristiano. Whitefield oró por él y se lo dijo, pero Franklin le respondió: «Supongo que no me hace ningún bien, porque todavía no soy salvo.»

Esto es lo que hacía Franklin. Mantenía una gráfica diaria sobre una serie de pequeñas tablas cuadradas que representaban virtudes como la honradez, fidelidad, caridad y probablemente una docena más. Las juntó como una especie de calendario, y cuando violaba una de estas virtudes lo escribía. Cuando había pasado un día o un mes sin haber quebrantado ninguno de los Mandamientos que se había autoimpuesto consideraba que estaba actuando bastante bien como ser humano.

¿Un sentido de la ética? Sí.

¿Algún sentido de lo divino? No.

Ningún sobretodo místico. Nada de adoración. Nada de reverencia. Ningún temor de Dios delante de sus ojos. Todo esto según su propio testimonio.

No pertenezco a esta clase de personas. Sólo puedo mantenerme recto manteniendo el temor de Dios en mi alma, y deleitándome en el fascinante arrebatamiento de la adoración. Aparte de esto, no conozco ningún tipo de normas. Me duele que este poderoso sentimiento de temor piadoso sea una cualidad ausente en las iglesias de hoy, y su ausencia es un portento y una señal.

Debería flotar sobre nosotros como la nube sobre Israel. Debería yacer sobre nosotros como un dulce manto

invisible. Debería ser una fuerza en el condicionamiento de nuestras vidas interiores. Debería proveer un significado adicional para cada texto de la Escritura. Debería marcar cada día de la semana como día santo, y cada punto de la tierra que pisamos como tierra santa. Seguimos agitándonos en nuestras propias clases de temores: temor al comunismo, temor al colapsamiento de la civilización, incluso el temor a la invasión desde otros planetas. Los hombres piensan que saben qué significa el temor.

Pero estamos hablando acerca de la maravilla y reverencia de un Dios santo y amante. Esta clase de temor de Dios es una cosa espiritual, y sólo puede ser traído por la Presencia de Dios.

Cuando el Espíritu Santo vino en Pentecostés, hubo gran temor sobre todo el pueblo, pero ¡no temían nada! Un hijo de Dios, perfeccionado en el amor, no tiene temor porque el amor perfecto echa fuera el temor. Pero él o ella son las personas que más temen a Dios.

Tomemos al apóstol Juan como ilustración. Cuando Jesús fue arrestado en el huerto, Juan estuvo entre los que huyó. Probablemente tuvo miedo que lo arrestaran y encarcelaran. Era su temor al peligro, al castigo, a la humillación.

Pero más tarde, este mismo Juan, exiliado en Patmos por el testimonio de Jesucristo, vio a un hombre asombroso de pie entre los candeleros de oro. El Hombre estaba revestido de una ropa blanca y ceñido con un cinto de oro. Sus pies eran como bronce refulgente, y una espada salía de su boca. Su cabello era tan blanco como nieve, y Su rostro resplandecía como el sol en su fuerza. La maravilla y la reverencia, la fascinación y el temor se concentraron repentinamente sobre el ser de Juan de una manera tan completa que sólo pudo caer inconsciente al suelo.

Entonces este santo Sacerdote que después descubrió que era el mismo Jesucristo, llevando las llaves de la muerte y del hades, vino y levantó a Juan, y le devolvió a la vida.

Ahora Juan no tenía miedo ni se sentía amenazado. Estaba experimentando una clase diferente de temor, un temor piadoso. Era algo santo, y Juan lo sintió.

La Presencia de Dios en nuestro medio -conllevando un sentimiento de temor piadoso y de reverencia- es algo mayormente ausente en el día de hoy.

No se puede inducir con una suave música de órgano ni con luz filtrándose a través de unas ventanas diseñadas con hermosura. No se puede inducir levantando una oblea y diciendo que es Dios. No se puede inducir con ninguna especie de Jerigonza.

Lo que las personas sienten en presencia de esta clase de paganismo no es el verdadero temor de Dios. Es sólo la inducción de un temor supersticioso.

Un verdadero temor de Dios es algo hermoso, porque es adoración es amor, es veneración. Es una elevada felicidad moral porque Dios es.

Es una delicia tan grande que si Dios no fuera, el adorador tampoco querría ser. Él o ella podrían orar fácilmente: -¡Dios mío, continúa como Tú eres, o déjame morir! ¡No puedo pensar en otro Dios más que Tú!»

La verdadera adoración debe de estar tan enamorada de Dios de una manera personal y absoluta que la idea de una transferencia de afectos ni existe remotamente.

Éste es el significado del temor de Dios.

Debido a que la adoración está mayormente ausente, ¿sabéis qué estamos haciendo? Estamos haciendo todo lo que podemos por recoser el velo rasgado del templo. Empleamos medios artificiales para tratar de inducir alguna clase de adoración.

Creo que el diablo en el infierno debe estar riéndose, y creo que Dios debe estar doliéndose, porque no hay temor de Dios delante de nuestros ojos.

CAPITULO 3

MUCHO DE LO QUE ES LLAMADO ADORACIÓN NO LO ES

Le dijo la mujer: Señor, estoy viendo que tú eres profeta.

Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar.

Jesús le dijo: Mujer, créeme, que está llegando la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorareis al Padre.

Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos.

Pero llega la hora, y ahora es. Cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre busca tales adoradores que le adoren.

Dios es Espíritu, y los que le adoran, es necesario que le adoren en espíritu y en verdad. Juan 4:19-24

TODO EL SENTIDO y sustancia de la Biblia nos enseña que Dios no necesita nada; sin embargo, desea la adoración y la contemplación de sus hijos creados. Esta conclusión es más que una cuestión de textos de prueba. Nuestro mismo Señor lo dijo con llaneza y con certidumbre cuando estaba aquí sobre esta tierra: «Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él servirás» (Lucas 4:8).

No hay una sola tribu en todo el mundo que no tenga alguna clase de religión y alguna forma de adoración. Los hombres y las mujeres tienen un instinto que los lleva a adorar.

Una vez escribí un editorial en el que observaba mi sentimiento de que cuando alguien cae de rodillas y extiende las manos y dice: "Padre nuestro que estás en los cielos», está haciendo lo que le parece natural.

Un anciano caballero, al leer el editorial, envió una enérgica protesta contra el mismo. Escribió que «sólo un editor totalmente liberal» diría que la adoración es algo natural en la humanidad.

El hecho es que Dios nos hizo para que le adoráramos, y si no hubiéramos caído con Adán y Eva, la adoración hubiera sido la cosa más natural para nosotros.

Pecar no era lo natural para Adán y Eva, pero desobedecieron y cayeron, perdiendo su privilegio de perfecta comunión con Dios, el Creador. El pecado es lo innatural: Dios nunca tuvo el propósito de que estuviera en nuestra naturaleza.

El breve resumen de esta importante cuestión es que Dios sigue deseando la adoración, pero tenemos que aprender que no podemos hacerlo a nuestra manera, adorando a Dios como nosotros queremos.

¿Le has prestado atención alguna vez a las palabras de nuestro Señor Jesucristo cuando se refirió a cierto grupo de personas religiosas en Su propio tiempo con el comentario de: «Adoráis lo que no sabéis?»

Me atreveré a decir que Jesús estaba en realidad enfatizando una verdad muy clara acerca de la adoración. Es totalmente posible que los humanos hayan reconocido formas de adoración aparte de Cristo y aparte de la salvación que Él ofrece.

Tengo que ir incluso un poco más allá de esta declaración para señalar una verdad similar y paralela. La auténtica experiencia religiosa es totalmente posible aparte de Cristo.

Ahora bien, espero que no me comprendáis mal y que en vuestras mentes me acuséis de hereje.

Si, he dicho que puede haber adoración aparte de Cristo, y he dicho que puede darse una auténtica experiencia religiosa aparte de Cristo.

Pero no he dicho -y no creo- que tales experiencias religiosas o formas de adoración sean aceptables delante de Dios. Hay ciertas clases de adoración que Dios no aceptará aunque se dirijan a Él y quieran serle dadas a Él.

Se registra que cuando Jesús estaba enseñando aquí en la tierra, le dijo a Sus oyentes que llegaría el día en que unas personas le dirían: «¿No hicimos milagros en tu nombre? ¿No hablamos de ti en las esquinas?»

¿Recuerdas la dureza y acritud de Su respuesta? «¡Jamás os conocí! ¡Apartaos de Mí!»

Los hombres y las mujeres de este mundo no deberían jamás engañarse acerca de la realidad de la verdadera adoración, que debe ser siempre en espíritu y en verdad.

Es evidentemente posible tener una experiencia religiosa y formas de adoración que no son en absoluto aceptables para Dios. "

El apóstol Pablo escribió algo muy agrio y definitivo a la antigua iglesia cristiana en Corinto. Pablo sabía de una manera concreta que tanto hombres como mujeres podían dedicarse a una experiencia de adoración y, con todo, no adorar conforme a la voluntad de Dios.

Por ello, su adoración no sería en absoluto aceptada por Dios.

Oigamos lo que dice Pablo: «Lo que los gentiles sacrifican, lo sacrifican a los demonios, y no a Dios: y no quiero que vosotros tengáis comunión con los demonios (1 Corintios 10:20).

Pablo estaba ciertamente enseñando que toda forma de idolatría es aborrecible para Dios. Es aborrecida por la misma razón de que es real. Las formas de idolatría pueden volverse muy reales para los que se dedican a ellas, pero esto no las hace aceptables para el Dios viviente.

Ésta es una de las razones por las que Jesús dijo de un cierto grupo: «Adoran lo que no saben.» Es posible tener algunos de los elementos de adoración quizá admiración, humillación, rendición, adhesión- y no estar en absoluto entre los redimidos.

Creo que vale la pena observar que Thomas Carlyle, en su *Héroes and Hero Worship*, nos advierte que no cometamos el error de pensar que las grandes religiones paganas del mundo son todas irreales. Carlyle declaró que, en base a su investigación, estas grandes formas de religión *no son en absoluto* irreales. Son reales, y el terror de ellas es que son reales.

Hace años, en México, fui atraído por una vieja, vieja iglesia. Entré quitándome el sombrero, y descubrí que la iglesia no tenía suelo excepto la tierra misma.

Me detuve para mirar las estatuas y tallas alrededor, y luego me di cuenta de que una anciana mexicana había entrado en el edificio. Llevaba una pequeña cesta de la compra.

No me prestó atención alguna, sino que se dirigió derecha al área del altar. Tuve el presentimiento de que estaba tan familiarizada con aquel pasillo que habría podido andar por él con los ojos cerrados.

Se dirigió directamente para arrodillarse delante de una estatua de la virgen María. Contempló los rasgos faciales de aquella inanimada estatua con profunda devoción, con profundo anhelo. Pensé: «¡Ésta es la clase de anhelo espiritual y de deseo que querría ver dirigido al Señor mismo!»

No tenía dudas en mi mente de que estaba teniendo una experiencia de adoración. Creo que era muy real para ella. No estaba pretendiendo algo falsamente. Quería adorar, pero su adoración estaba siendo derramada sobre una estatua carente de vida que era sólo la obra de las manos de alguna persona.

Hay muchas clases de adoración que Dios no puede aceptar. La adoración de Caín en el Antiguo Testamento no fue aceptada porque él no reconoció la necesidad de una expiación por el pecado en la relación entre Dios y el hombre caído.

Caín esperaba complacer a Dios con su adoración, pero no trajo un sacrificio cruento. Acudió en lugar de ello con una ofrenda «del fruto de la tierra», probablemente unas hermosas flores y un cesto de fruta.

Cuando Dios miró con desagrado la ofrenda, la actitud y respuesta de Caín parecen haber sido: «No sé nada acerca de esta idea de pecado y expiación.» El rechazamiento de su ofrenda por parte de Dios y Su aceptación de la de Abel de «los primogénitos de sus ovejas» encolerizaron tanto a Caín que salió y dio muerte a su hermano.

La clase de adoración que Caín ofreció a Dios tiene tres fallos básicos y serios.

Primero tenemos la idea errada de que Dios es una clase diferente de Dios de lo que realmente es. Tiene que ver con la persona y el carácter del Dios soberano y santo. ¿Cómo puede nadie adorar a Dios de una manera aceptable sin saber qué Dios es Él realmente? Desde luego, Caín no conocía el verdadero carácter de Dios. Caín no creía que la cuestión del pecado del hombre era de importancia eterna para Dios.

En segundo lugar tenemos el error de pensar que el hombre sostiene con Dios una relación que en realidad no tiene. Caín pensó con ligereza que era merecedor de ser aceptado por el Señor sin mediación alguna. Rehusó aceptar el juicio de Dios de que el hombre había quedado enajenado de su Dios por el pecado.

En tercer lugar. Caín, en el registro del Antiguo Testamento, y con él desde entonces una cantidad innumerable de hombres y mujeres, han dado por supuesto de una manera errada, que el pecado es mucho menos serio de lo que es en realidad. El registro está claro si los hombres y mujeres tan sólo quisieran contemplarlo. Dios aborrece el pecado porque Él es un Dios santo. Él sabe que el pecado ha llenado el mundo de dolor y tristeza, robándonos de nuestro principal propósito y gozo en la vida, ¡el gozo de adorar a nuestro Dios!

La clase de adoración ofrecida por Caín es inadecuada, sin un verdadero significado. Trayéndolo como una cuestión básica para nuestros tiempos bajo el Nuevo Testamento, ¡os aseguro que no pasaría ni una hora a sabiendas en ninguna iglesia que rehúse enseñar la necesidad de la expiación con sangre por el pecado por medio de la cruz y de los méritos de la muerte de nuestro Señor Jesucristo!

Otra clase de adoración inaceptable es la simbolizada por la actitud de los samaritanos en la Biblia. La historia del Antiguo Testamento revela que Jeroboam, el primer rey de Israel después que se desgajó de Judá, convirtiéndose en el Reino del Norte, estableció dos centros de culto. Quería asegurar que su pueblo abandonara el hábito de ir a Jerusalén a adorar. Puso unos becerros de oro para ser adorados en dos lugares convenientes, en Betel y Dan.

La herejía de los samaritanos la práctica de escoger lo que queremos adorar y rechazar lo que no nos gusta está muy extendida.

En realidad, ha abierto todo un nuevo campo de psicología aplicada y de humanismo bajo una variedad de disfraces religiosos. En este contexto, hombres y mujeres se ponen como jueces de lo que el Señor ha dicho. En lugar de ponerse de rodillas y dejar que el Señor les juzgue, se levantan con soberbia y juzgan al Señor.

Tengo el informe de una reunión juvenil que se celebró en una grande y bien conocida iglesia en Toronto. El orador invitado fue llamado a la ciudad para que diera esta clase de consejo a los modernos jóvenes de la iglesia: «¡No creáis nada en la Biblia que no concuerde con vuestra propia experiencia!»

Si estás entre los que escogen según sus preferencias, puede que hayas escogido la belleza de la naturaleza como el medio que te lleva a la adoración. O puede que tengas la opinión de que tu adoración viene por medio de la música, y hablas de la música que eleva la mente y que eleva el alma casi al arrebatamiento.

Ahora que hemos mencionado la naturaleza y la inclinación de algunos a dejar que su adoración comience y termine allí, me gustaría rectificar algo.

SI te entregas al estudio, descubrirás que el Antiguo Testamento es una maravillosa rapsodia acerca de la creación natural. Comienza con Moisés, y cuando hayas ido más allá del orden levítico le encontrarás elevándose en su aguda consciencia de la presencia de Dios en toda la creación.

Pasa al libro de Job, y en las secciones finales te asombrarás de la sublimidad del lenguaje que describe el mundo a nuestro alrededor.

Luego pasa a los Salmos, y verás a David literalmente danzando con éxtasis al contemplar las maravillas del mundo de Dios.

Comienza a leer en Isaías, y encontrarás la imaginería más sublime. No es ni imaginativa ni veleidosa, sino una presentación de las maravillas de la creación tal como el profeta las observó.

Estos hombres, que eran algunos de los más santos y piadosos de la antigüedad, revelaron en sus escritos que estaban intensamente enamorados de toda la belleza natural que veían a su alrededor. Pero siempre vieron la naturaleza como la obra de la mano de un Creador todopoderoso, omnisciente y glorioso.

Ahora, permitidme una observación adicional aquí acerca de nuestra civilización y sociedad.

Considero un hecho triste y lamentable que en la actualidad los hombres y las mujeres son como leones de zoológico, nacidos en cautividad. Nacen en hospitales, caminan por aceras de cemento, respiran mucho aire contaminado, y finalmente son llevados al hospital para morir. Nunca tienen de veras una posibilidad de poner los pies en el suelo.

¡Cuan raramente llegamos a una situación en la que podemos sentir los impulsos de la naturaleza comuni-

cados a nuestros seres! Apenas si levantamos nuestros ojos para mirar el cielo de Dios por encima de nosotros, excepto cuando un avión pasa por encima de nuestras cabezas, o cuando dudamos de si debemos tomar el paraguas. En medio mismo de los miles de maravillas creadas a nuestro alrededor, casi hemos perdido, sin saberlo, la capacidad de asombrarnos.

Si el Espíritu Santo viniera de nuevo sobre nosotros como en tiempos antiguos, visitando congregaciones eclesiales con el dulce pero ardiente fuego de Pentecostés, seríamos mejores cristianos y almas más santas. Más que esto, seríamos también mayores poetas y artistas y mayores amadores de Dios y de Su universo.

Los hombres y las mujeres siguen tratando de persuadirse de que hay muchas formas y maneras que parecen correctas en la adoración. Pero en Su revelación Dios nos ha dicho que Él es Espíritu y que los que le adoran es necesario que le adoren en espíritu y en verdad. Dios saca la cuestión de la adoración de las manos de los hombres y la pone en manos del Espíritu Santo.

Nos es imposible, a ninguno de nosotros, adorar a Dios sin la impartición del Espíritu Santo. Es la operación del Espíritu de Dios dentro de nosotros la que nos posibilita adorar a Dios de manera aceptable por medio de aquella persona que llamamos Jesucristo, y que él mismo es Dios.

Así que la adoración se origina con Dios y vuelve a nosotros y es reflejada desde nosotros, como un espejo. Dios no acepta ninguna otra clase de adoración.

Vivimos en un mundo lleno de confusión en el que muchas, muchísimas personas no están en absoluto seguras de lo que creen o de lo que deberían creer. La mayor parte de ellos lo excusan diciéndonos que «son buscadores de la verdad».

Algunas iglesias lo anuncian así: No se tiene que creer en nada, «sólo sé un buscador en pos de la verdad».

Las personas que no reconocen el nuevo nacimiento ni la conducción del Espíritu Santo sí reconocen el antiguo impulso de «adorar algo». Si no son educados, puede que maten una gallina y que se pongan plumas en la cabeza y dancen en un círculo pequeño. Los llamamos hechiceros. Si son educados, puede que en lugar de esto escriban poesía, y sale algo como la obra de Edwin Markham: **He hecho una peregrinación para hallar a los dioses.**

Muchas personas están preparadas para decir con Markham que «vieron su resplandeciente mano enviando señales desde el sol». Yo, por mi parte, nunca he tenido tales señales. Vivimos en un país en el que tenemos Biblias por todas partes y donde el evangelio es predicado fielmente. Pero hombres y mujeres buscan a Dios en viejos altares y tumbas en lugares oscuros y polvo *del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida.* Génesis 3:17-24

UNA DE LAS MAYORES tragedias que encontramos, incluso en esta era tan ilustrada. es el total fracaso de millones de hombres y mujeres de descubrir para qué nacieron.

Niégallo, si quieres -y algunos lo negarán-, pero allí donde hay seres humanos en este mundo, hay personas que sufren de una desesperada y deprimente amnesia. Les obliga a clamar, bien en silencio dentro de sí mismos, o frecuentemente con una expresión de frustración audible: «¡Ni siquiera sé por qué nací!»

Como ilustración, quiero compartir un incidente con vosotros, un incidente que hubiera podido suceder en cualquier lugar. Se trata de un hombre que perdió la memoria, y por ello su identidad.

Teniendo que encontrarme con un amigo en el Ayuntamiento, estaba esperando, sentado en un banco cerca de la acera. De pronto, un joven bien vestido se acercó y se sentó a mi lado.

Me sonrió -una sonrisa más bien perpleja, pensé yo-«¿Nos conocemos?» le pregunté. No, no creo», me contestó. Luego añadió: «Creo que estoy hecho un lío.»

Prosiguió diciendo: «Algo me ha sucedido. Creo que tropecé y caí en alguna parte en la ciudad, y me di un golpe en la cabeza. No puedo recordar nada de cierto. Cuando recobré el conocimiento me habían robado. Mi cartera, con todas mis tarjetas y papeles, desaparecidos. No tengo identificación, y no sé quién soy.»

«Usted debe tener familia en alguna parte. ¿No le queda ningún recuerdo?»

«Probablemente la tengo, pero no puedo recordar.» Estaba a punto de decirle a este perplejo joven que tendría que ir a la policía, porque yo no tenía medios para ayudarle. Justo entonces me di cuenta de que un distinguido caballero estaba en la acera, cerca de nosotros. A él también se le notaba confuso e incierto, pero

al mirar hacia nuestro banco soltó de repente un grito de alegría, casi un chillido.

Se dirigió rápido a nosotros y llamó a mi aturdido amigo por su nombre. Lo asió y le dio la mano. «¿Dónde has estado y qué has estado haciendo? Todos los de la orquesta están preocupadísimos por ti.» El desmemoriado seguía aturdido. «Perdone, señor, pero no lo conozco. No lo reconozco.» «¿Qué! ¿Que no me conoces? Llegamos hace tres días a Toronto. ¿No sabes que somos miembros de la Filarmónica y que tú eres el concertino? Hemos cumplido nuestros compromisos sin ti, ¡y te hemos estado buscando por todas partes!» «¿Así que esto es lo que yo soy y por qué estoy aquí! Pero sigo sin saber si puedo tocar el violín.»

Incidentes de este tipo les suceden a personas por todo el mundo. La policía sigue buscando a muchas víctimas de amnesia, y los médicos se enfrentan a este problema en muchos pacientes.

Ahora bien, ¿por qué te he contado este incidente? Para recordarte acerca de nuestros primeros padres de la raza humana, el hombre llamado Adán, y la mujer llamada Eva.

Adán tuvo una caída, y recibió un terrible golpe. Envuelta con él en la catástrofe estaba Eva, su mujer. Luego, cuando trataron de sacudirse de encima de sus mentes aquella niebla, mirándose el uno al otro, se dieron cuenta de que ya no sabían quiénes eran, y que no sabían por qué vivían. No conocían el propósito de Su existencia.

Desde aquel tiempo, los hombres y las mujeres, alejados de Dios y tratando de existir en un planeta enfermo, caído, han estado diciendo aturdidos: «¡Ni siquiera sé por qué nací!*

Los que han seguido la revelación dada por el Dios Creador han aceptado que Dios nunca hace nada sin un propósito. Creemos, por ello, que Dios tenía un noble propósito en mente al crearnos. Creemos que fue concretamente la voluntad de Dios que hombres y mujeres creados a Su imagen desearan la comunión con Él por encima de cualquier otra cosa.

En Su plan, debía tratarse de una comunión perfecta basada en una adoración devota del Creador y Sustentador de todas las cosas.

Si estás familiarizado con el Catecismo Breve, sabes que hace una pregunta antiquísima y escrutadora: «¿Cuál es el principal fin del hombre?»

La sencilla pero profunda respuesta dada por el Catecismo está basada en la revelación y sabiduría de la Palabra de Dios: «El principal fin del hombre es glorificar a Dios y gozar de El para siempre.- Esto no necesita de traducción alguna para una persona reflexiva. Adorar y glorificar a Dios: éste es el principal fin de cualquier hombre y mujer.

¿Por qué tantos se lo han perdido? ¿Por qué tantos han quedado ignorantes del amor de Dios y del plan de Dios a lo largo de toda una vida? ¿Por qué tantos maldicen todas las situaciones desagradables de sus vidas, clamando al final en la desesperación de la impotencia: «¡Oh, si ni siquiera sé por qué nací en este mundo!-? ¿Cómo pudo quedar tan totalmente frustrada la voluntad del Creador para todos los hijos e hijas de Adán, tan totalmente excluida?

En este día de pecado abierto, de violencia y de transgresión, tenemos que señalar que hay una negación casi universal de la voluntariosa y pecaminosa caída de la raza humana, que se registra fielmente en el libro del Génesis.

Dejad que os asegure que es sólo mediante la revelación de Dios en Su Palabra que podemos aprender las cosas que tenemos que saber acerca de nosotros mismos.

La Palabra de Dios nos habla con franqueza de la gran conmoción que sufrimos, resultando en nuestra entumecedora amnesia. Es el triste registro de la caída del hombre de las perfecciones de su estado original. Cuando Adán y Eva decidieron en aquel amanecer que tenían el derecho de poner sus voluntades por encima de la voluntad de su Dios Creador, experimentaron una terrible caída. El resultado de ella fue que perdieron la identidad que Dios les había dado.

Trataron de sacudirse la niebla de sus mentes y de sus seres, pero al mirarse el uno al otro, se dieron cuenta de que ya no conocían el propósito de su existencia.

Habían quedado repentinamente afligidos por una extraña amnesia, precipitada por su voluntarioso pecado de desobediencia. Ya no sabían de manera exacta quiénes eran. Ya no poseían aquel sentimiento divino de a

qué y para hacer qué habían sido creados.

¡Qué tragedia! Creados para ser un espejo del Omnipotente, Adán y Eva perdieron la gloria de Dios. Hechos a Imagen de Dios, Adán y Eva eran más semejantes a Él que los ángeles de los cielos.

Dios había creado al hombre para mirarlo y ver reflejado en él más de Su gloria que la que podía ver reflejada en los estrellados cielos. Pero ahora el espejo estaba empañado y distorsionado. Cuando Dios miraba al hombre pecador ya no podía ver Su propia gloria.

El hombre desobediente había devenido el hombre pecador. Había fallado en cumplir el propósito de su creación: adorar a su Creador en la belleza de la santidad.

Hombres y mujeres de nuestro tiempo, cansados y culpables y perdidos, están demasiado absortos con las tragedias de sus propias familias y sociedades para mirar retrospectivamente a la gran y abrumadora tragedia que llamamos la caída del hombre.

Es una tragedia múltiple, porque Dios había dicho con placer: 'Hagamos al hombre a nuestra imagen- (Génesis 1:26). Luego, inclinándose. Dios tomó barro, le dio forma al hombre, e insufló aliento de vida en sus narices. El hombre de Dios había llegado a ser un alma viviente.

El Creador le dijo entonces al hombre que mirara alrededor al resto de la creación.

«Todo esto es tuyo, y yo soy tuyo», le dijo Dios. «Te miraré a ti y veré en tu rostro el reflejo de Mi misma gloria. Éste es tu fin. Has sido creado para adorarme, para glorificarme, y para tenerme para siempre como tu Dios.»

Pero cuando Dios se retiró por un momento, aquel malvado, el dragón que se llama Satanás, envenenó las mentes del hombre y de su esposa. Y pecaron contra Dios.

Cuando Dios volvió, vino como si no supiera acerca de la tragedia. Llamó: -Adán, ¿dónde estás?» Adán salió de su escondite, conociendo de sobra su culpa y vergüenza.

Dios le preguntó: -Adán, ¿qué has hecho?»

Adán confesó: -Comimos del fruto del árbol que tú nos prohibiste: pero ¡fue la mujer la que me llevó a ello!»

Dios le preguntó a la mujer: "¿Qué has hecho?», y ella dijo: «¡Fue la serpiente que me engañó!»

En aquel breve momento nuestros primeros padres aprendieron el arte de echarle la culpa a otro. Ésta es una de las grandes y reveladoras evidencias de pecado... y nosotros lo hemos aprendido directamente de nuestros primeros padres. No aceptamos la culpa de nuestro pecado y enfermedad. Le damos la culpa a otro.

Si tú no eres el hombre que debieras ser, seguramente le ciarás la culpa a tu mujer, a tus antepasados, o quizá al lugar en que trabajas. Si no eres el joven que debieras ser, siempre podrás darle la culpa a tus padres. Si no eres la esposa o mujer que debieras ser. Podrás echarle la culpa a tu marido, o quizá a los niños.

Siendo el pecado lo que es, preferiríamos darle las culpas a otros. Inculpamos, inculpamos, inculpamos. Es por esto que estamos donde estamos.

Por esto es que la enfermedad se apodera de nosotros y nos arrastra a la muerte. Es por esto que sobrevienen accidentes. Es por esto que hay cárceles y hospitales mentales y cementerios. Sí todo debido a la gran tragedia y desastre que llamamos la caída del hombre.

¿Es éste el fin definitivo? ¿Es esto todo lo que hay?

¡No! ¡No! Ésta es nuestra respuesta a todos los miembros de la raza humana: ¡Tenemos maravillosas noticias para ti! Es la buena nueva de que el Dios que nos creó no nos abandonó. Él no dijo a los ángeles: - ¡Eliminadlos y borradlos de Mi memoria!»

No, lo que dijo fue: -¡Oh, yo sigo queriéndolos! ¡Sigo queriendo que sean el espejo en el que pueda mirar y ver Mi gloria! Quiero seguir siendo admirado por Mi pueblo. Sigo queriendo que Mi pueblo goce de Mí y me tenga para siempre.»

Así que Dios envió a Su Hijo unigénito mediante el milagro de la Encarnación. Cuando Jesús anduvo por la tierra Él fue el reflejo de la gloria de Dios. El Nuevo Testamento dice que Él es el resplandor de la gloria de Dios y la fiel representación de Su ser real. Cuando Dios miró al hijo de María, se vio reflejado en Él.

¿Qué quería decir Jesús cuando decía a las gentes de Su tiempo: «el que me ha visto a mí, ha visto al

Padre»?

Estaba diciendo en realidad: «Cuando me veis a Mí, estáis viendo reflejada la gloria del Padre. He venido a acabar la obra que Él me ha dado que hiciera.»

Dios fue glorificado en Su Hijo, aunque en la muerte de Su Hijo aquella gloria quedó terriblemente desfigurada. Hombres pecadores le mesaron la barba, amorataron Su rostro, le arrancaron los cabellos, ensangrentaron Su frente. Luego le clavaron en la cruz. Allí gimió y sudó y sufrió durante seis horas antes de entregar por fin Su espíritu y morir.

Las campanas del cielo sonaron porque el hombre perdido había sido ahora redimido. El camino del perdón y de la aceptación estaba ahora abierto para los pecadores.

Al tercer día, Jesús resucitó de los muertos. Desde entonces ha estado a la diestra de Dios. Dios ha estado ocupado redimiendo a personas, volviéndolas a Sí, de vuelta al propósito original de que fueran espejos de Su gloria.

Si, la adoración del amante Dios es toda la razón de la existencia del hombre. Es para esto que nacemos, y es por esto que renacemos de lo alto. Es por esto que Hemos sido creados, y es por esto que hemos venido a formar parte de la nueva creación. Es por esto que hubo un génesis al principio, y es por esto que hay una re-génesis, llamada regeneración.

— Es por esto también que hay una iglesia. La iglesia cristiana existe, ante todo, para adorar a Dios. Todo lo demás debe venir en segundo, tercer, cuarto o quinto lugar.

En Europa, hace muchas generaciones, el querido santo de Dios. Hermano Lorenzo, estaba en su lecho de muerte. Perdiendo como perdía rápidamente su fortaleza física, dio testimonio a los que estaban reunidos a su alrededor: «¡yo estoy muriendo! ¡Estoy haciendo lo que he estado haciendo durante los pasados 40 años, y haciendo lo que espero que voy a hacer durante toda la eternidad!»

¿Y qué es esto?-, le preguntaron. Él contestó rápidamente: «¡Estoy adorando al Dios a quien amo!»

Adorar a Dios; esto era algo primario para el Hermano Lorenzo. Estaba también muriendo, pero esto era algo secundario. Él sabía para qué había nacido en este mundo, y sabía por qué había nacido de nuevo.

Si, y el Hermano Lorenzo sigue ahora adorando a Dios. Él murió y enterraron su cuerpo en alguna parte, pero la suya era una alma viviente, creada a imagen de Dios. Así que sigue adorando con todos los santos alrededor del trono de Dios.

Tristes son, bien tristes, los clamores de tantos en la actualidad que nunca han descubierto para qué nacieron. Esto nos trae a la mente la descripción del poeta Milton de la patética perdición y soledad de nuestros primeros padres. Expulsados del huerto, dice él, -se cogieron de la mano, y a través del valle emprendieron su camino de soledad».

CAPITULO 5

DEBEMOS ADORAR SÓLO AL DIOS ETERNO

¿No sabéis que sois santuario de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruye el santuario de Dios, Dios le destruirá a él; porque el santuario de Dios, el cual sois vosotros, es sagrado.

Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio según este mundo, hágase ignorante para que llegue a ser sabio.

Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios; pues escrito está: Él atrapa a los sabios en la astucia de ellos.

Y otra vez: El Señor conoce los razonamientos de los sabios, que son vanos.

Así que, ninguno se jacte en los hombres; porque todo es vuestro; Sea Pablo, sea Apolos, sea Cejas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, Y vosotros de Cristo, y

Cristo de Dios. 1 Corintios 3:16-23

LA TECNOLOGÍA ES capital para esta generación. Mucho de nuestro pensamiento acerca de la adoración refleja una disposición a intercambiar una concepción elevada de la eternidad de Dios por un concepto a breve plazo llamado el aquí y *ahora*.

Mis ministerios en la Palabra de Dios no han estado señalados por ninguna controversia con la verdadera ciencia. He expresado mis sospechas acerca de una variedad de opiniones que pueden ser remontadas a la pseudociencia -puntos de vista que por lo general intentan echar a Dios fuera de Su universo-. Nunca podría adorar yo a un Dios que no estuviera interesado en nuestras eternidades.

Por otra parte, las respuestas que nos da la ciencia son respuestas a corto plazo. El científico puede mantenernos vivos unos cuantos años más, pero los cristianos creyentes saben algunas cosas que Einstein no supo. Por ejemplo, sabemos para qué estamos aquí. Podemos decir por qué hemos nacido. Sabemos también lo que creemos acerca del valor de las cosas eternas.

Confieso que solía tratar de leer las teorías acerca de cosas como la cuarta dimensión. Pero hace años que he dejado de intentar comprenderlas.

No tengo nada contra la ciencia y su pretensión de escudriñar el significado de las cosas y sus relaciones e interacciones. No estoy para refutar ignorantemente al científico.

Ésta es mi postura-, que el científico se quede en su campo, y yo me quedaré en el mío. Estoy tan contento y agradecido como cualquier otro por los beneficios de la investigación, y espero que los científicos descubran pronto la curación para el infarto de miocardio, porque he perdido muchos buenos amigos por repentinos ataques de corazón.

Pero escuchadme ahora acerca de la diferencia de significado entre las cuestiones de plazo corto de nuestros seres físicos y las relaciones eternas entre el creyente y su Dios.

Si salvas a una persona de la difteria cuando es un bebé, o la salvas en su adolescencia de la viruela, o la salvas a los cincuenta de un ataque de corazón, ¿qué es lo que has hecho?

Si aquel hombre llega a los noventa y sigue estando sin Dios y no sabe para qué nació, simplemente has perpetuado la vida de una tortuga de ciénaga. Aquel hombre que nunca ha hallado a Dios y que no ha renacido es como una tortuga, con dos patas en lugar de cuatro, sin caparazón y sin cola, porque sigue sin saber cuál es la razón *de* la vida

Me siento agradecido de haber encontrado una promesa del Dios de toda gracia que trata de lo que es a largo plazo y eterno. Pertenezco a un grupo de personas llanas que creen la verdad revelada en la Biblia. Son las personas que creen que Dios en el principio hizo los cielos y la tierra y todas las cosas que están en ellos. Creemos que fue Dios quien hizo al hombre a Su propia imagen, e insufló en él el aliento de vida y le dijo: «Ahora, - vive en mi presencia y adórame, porque éste es tu principal fin. Crece y multiplícate y llena la tierra de adoradores.-

Sí, estas personas llanas, estas personas creyentes, te dirán que Dios creó las flores para que fueran bellas, y las aves para que cantaran para que hombres y mujeres disfrutaran. Los científicos, con una perspectiva totalmente diferente, nunca admitirían este hecho. El científico mantiene que el pájaro canta por unas razones totalmente diferentes.

«Es el pájaro macho el que canta, y canta sólo para atraer a la hembra, para anidar y procrear», nos dice él. "Es algo meramente biológico.»

Es ahí que le pregunto al científico: "¿Por qué el pájaro no chilla simplemente, o gime o gorgotea? ¿Por qué tiene que cantar, trinar y armonizar como si hubiera sido afinado como un arpa?»

Creo que la respuesta es evidente: porque Dios lo hizo para cantar.

Si yo fuera un pájaro macho, y quisiera atraer una hembra, podría hacer piruetas o volteretas. Pero, ¿por qué el pájaro canta de una manera tan hermosa?

Es porque el Dios que lo creó es el Músico Principal del universo. Él es el Compositor del cosmos. Él hizo el arpa en aquellas pequeñas gargantas y las plumas para revestirlos, y les dijo: «Id y cantad.»

Felizmente, los pájaros obedecieron y han estado cantando y alabando a Dios desde que fueron creados. El científico puede que proteste y diga: «¡No! ¡No!- Pero mi corazón me dice que es así, y la Biblia me declara que es así. «Todo lo hizo hermoso en su sazón» (Eclesiastés 3:11). También Dios hizo que los frutales dieran frutos para la raza humana. Pero el científico se encoge de hombros y dice: «Claro que los árboles dan frutos, para que haya semillas y con ello la producción dé más fruto.»

Tenemos el derecho a replicar: «¿Por qué es necesario que el árbol dé fruto si todo lo que está implicado es la reproducción, sin bendición ni ayuda para nadie?»

Dios hizo los frutos, y dijo a la humanidad: «Disfrutadlos.-

Dios hizo también los animales del campo para que la humanidad pudiera vestirse. Dios hizo las ovejas con su vellón de lana para que pudieran ser esquiladas y darnos los jerseys y las prendas que nos dan abrigo.

Dios hizo el humilde gusano de seda, dándole las hojas de morera como alimento, para que el gusano de seda pudiera fabricar su capullo. Los hombres han descubierto cómo desovillar los capullos de seda y fabricar las encantadoras sedas que tanto admiramos.

No soy exactamente una de las personas mejor vestidas del mundo, pero me gusta más una buena corbata de seda que cualquiera de las de fibras sintéticas sacadas de una fábrica en alguna parte.

¡Ah!, es mucho más delicioso y satisfactorio creer lo que dice Dios acerca de todas las cosas que nos ha dado para que las disfrutemos, teniendo cada una de ellas su propósito.

En realidad, la persona más sabia del mundo es aquella que más conoce acerca de Dios. El único verdadero sabio que merezca este nombre es aquel que se da cuenta de que la respuesta a la creación, a la vida y a la eternidad es una respuesta teológica, no una respuesta científica.

Se tiene que comenzar con Píos. Entonces se comienza a comprenderlo todo en su contexto apropiado. Todas las cosas adquieren su perspectiva y forma cuando se comienza con Dios.

Me pregunto si me entenderás cuando diga lo que voy a decir. Bastantes cristianos evangélicos han estado adquiriendo un hábito más bien malo: el hábito de quedar indebidamente influenciados por los títulos y honores que les otorgan aquellos a los que consideramos «los eruditos».

Esta indebida deferencia al conocimiento y a los logros intelectuales tiene que ser equilibrada. Como hombres y mujeres cristianos, respetamos el estudio y la Investigación. Apreciamos las largas horas dedicadas al avance académico. Pero debemos siempre mantener en mente la sabiduría de Dios y las amonestaciones de Dios.

No importa cuánta educación e instrucción podamos recibir en un cierto campo de estudio, descubriremos que sólo hemos aprendido fragmentos dispersos de la ^{ver}dad. Por otra parte, el más sencillo creyente cristiano que puede haber entrado en el reino hace sólo unos pocos días, ya ha aprendido muchas cosas maravillosas en el centro mismo de la verdad. Este creyente puede confesar que conoce a Dios. Conocer a Dios es potencialmente más que lo que todos los maestros del mundo puedan jamás impartir, porque estos maestros, si están sin Dios, están desde fuera mirando adentro.

Hay aquí envuelto un milagro. Este nuevo creyente, que sólo hace unos días era un pecador perdido e imperdonado, es ahora por la fe y la gracia un hijo de Dios, ¡y desde dentro mirando afuera!

No menospreciamos los muchos logros de aquellos que son eruditos y capaces en la acumulación de conocimientos de este mundo. Pero estudiar y esforzarse sólo por este mundo no es suficiente. La clave es Dios si pertenece con todo el derecho al centro de todas nuestras empresas. Todas las puertas tienen que ser finalmente abiertas, por medio de la fe, con la llave llamada Dios.

Si debemos tener cualquier entendimiento satisfactorio y permanente de la vida, tiene que ser dado divinemente. Comienza con la confesión de que es en verdad el Dios que se ha revelado a nosotros quien es el gran pilar central que sustenta el universo.

Creando esto, pasamos entonces a reconocer que hemos con ello descubierto Su gran propósito eterno. Dios nos hizo hombres y mujeres a Su imagen. Él nos ha redimido y restaurado mediante Su plan de salvación para que le amemos y adoremos para siempre.

Dios dijo: -He hecho al hombre a Mi imagen, y el hombre debe estar por encima de todas las otras criaturas. Debe estar por encima de los animales de la tierra, de las aves del aire y de los peces de la mar. El hombre redimido debe estar incluso por encima de los ángeles en los cielos. Debe entrar en mi presencia perdonado y sin estar avergonzado. Debe adorarme a Mí y contemplar Mi rostro mientras trascurren las edades.»

Dios es el único fundamento seguro. El gozo de la certidumbre pertenece a las personas creyentes. Me asocié con ellas cuando me convertí a los diecisiete años. Hasta este momento nada sabía acerca del amor, de la esperanza, de la confianza o de la fe en Dios. Hay millones de personas hoy que están tan perdidas como yo lo estaba. Siguen estando sin Dios, confundidas acerca de esta vida, y careciendo del conocimiento de la vida venidera.

Los creyentes cristianos acerca de los que estoy hablando son los santos y los místicos, el pueblo de Dios. Tienen una visión sencilla y más hermosa del mundo que la de los científicos. Es sencillamente ésta: «Sabemos lo que creemos. Sabemos que estamos en este mundo para adorar a Dios y gozar de Él. Sabemos lo que Dios está dispuesto a hacer por todos los que le aman, por toda la eternidad.»

Así, ellos saben algunas cosas importantes a largo plazo. Estas cosas están escondidas a otros hombres y mujeres que tratan de hallar sus respuestas en la acumulación de conocimiento relacionado con este mundo presente.

La persona promedio en el mundo, hoy, sigue, sin Dios, sin esperanza, está entregada a una desesperada búsqueda personal a lo largo de su vida. No sabe realmente donde ha estado. No sabe realmente qué es lo que hace aquí y ahora. No sabe adonde va.

El triste comentario es que lo está haciendo todo en base al tiempo prestado, al dinero prestado y a la fuerza prestada, y ya sabe que al final...ciertamente morirá!, Se reduce todo a la aturdida confesión de muchos de que «hemos perdido a Dios, de alguna manera, por el camino».

¿Qué les sucede a los que pierden a Dios? Parece bien: evidente que se vuelven muy activos tratando de encontrar alguna cosa distinta que adorar.

El hombre, hecho más semejante a Dios que cualquier otra criatura, ha llegado a ser menos semejante a Dios que cualquier otra criatura. Creado para reflejar la gloria de Dios, se ha retirado resentido dentro de su cueva, reflejando sólo su propia pecaminosidad.

Ciertamente, es una tragedia por encima de todas las tragedias en este mundo que el hombre, hecho un alma para adorar, alabar y cantar la gloria de Dios, ahora se hunda en un resentido silencio en su cueva. El amor ha desaparecido de su corazón. La luz se ha ido de su mente. Habiendo perdido a Dios, va tropezando a ciegas por este mundo tenebroso sólo para encontrar al final un sepulcro.

En una entrevista por la radio le preguntaban a un brillante y célebre autor canadiense acerca de la moderna escena mundial. Le hicieron esta escrutadora pregunta: «¿Cuál considera usted que es el error más alarmante que estamos cometiendo en nuestra actual sociedad y civilización?»

Su respuesta fue rápida y al punto: Considero que nuestro mayor error es la creencia tan arraigada de que los humanos somos seres predilectos del Dios Omnipotente; que significamos más que otras cosas en el mundo; que Dios tiene un amor especial por nosotros como personas.»

¡Oh, hermano! El hombre tal como fue originalmente creado *es* el amado de Dios. El hombre es el ser amado del universo.

Desde que aprendí que Cristo Jesús vino al mundo para ser mi Salvador, he basado mi vida en la revelación de Dios en las Escrituras. No importa lo brillante que pueda ser la mente de nadie, no puede sacudirme por lo que respecta a las cosas de Dios. Me arrojará sus objeciones y conclusiones terrenales sin hacerme efecto alguno.

En realidad, las diferencias entre la incredulidad y la fe, entre la desesperanza y la certidumbre, entre la perspectiva humana y la divina, vienen *frecuentemente* a la luz cuando el creyente afronta la muerte.

Se nos dice que cuando Juan Wesley estaba muriendo, trataba de cantar, pero su voz casi se había desvanecido. Tenía casi noventa años de edad. Había viajado cientos de miles de millas a lomo de caballo, predicando tres o cuatro veces al día fundando una gran iglesia. Su teología era claramente arminiana, pero

mientras que su familia y amigos cristianos se reunían alrededor de su lecho, él trataba de cantar las palabras de un viejo himno calvinista:

Mientras aliente mi vida alabaré a mi Hacedor, Y citando mi alma en la muerte se sumerja, La alabanza mis más nobles poderes empleará.

Es por esto que no puedo enardecerme en una lucha en favor de una facción teológica u otra. Si Isaac Watts, un calvinista, podría escribir tal alabanza a Dios, y Juan Wesley, un arminiano, podía cantarla con anhelo, y si ambos se pueden encontrar y abrazarse el uno al otro en la gloria, ¿por qué debería obligar a nadie a confesar: ¡No sé lo que soy!»? ¿Por qué debería nadie incomodarme con una cuestión *como ésta*? Fui creado para adorar y alabar a Dios. Fui redimido para adorarlo y gozar de Él para siempre.

Ésta es la cuestión primaria, hermano, hermana. Es por esto que invitamos fervorosamente a hombres y mujeres a que se conviertan, tomando a Jesucristo como su Salvador y Señor.

Dios no te pide que vayas a Cristo sólo para alcanzar paz mental ni para hacer de ti un mejor negociante, una mejor mujer. Fuiste creado para adorar. Dios quiere; que conozcas Su redención para que quieras adorarlo y alabarle.

CAPITULO 6

MARAVILLADOS POR LA PRESENCIA DE DIOS

En el año en que murió el rey Uzías. Ví yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y la orla de su manto llenaba el templo.

Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban.

El uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo es Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria.

Los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz de los que clamaban, y la casa se llenó de humo.

Entonces dije: ¡Ay de mí!, que estoy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de un pueblo de labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.

Entonces voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; Y tocando con él mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y expiado tu pecado.

Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá de nuestra parte? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí. Isaías 6:1-8

A TRAVÉS DE LOS AÑOS he oído con bastante frecuencia decir a personas educadas e inteligentes: «Deja que le diga cómo descubrí a Dios.»

Si estos descubridores se dedicaron desde entonces en adelante a una humilde y fervorosa adoración de Dios no lo puedo decir. Lo que sí sé es que todos nosotros estaríamos en profundos problemas y aún alejados de Dios si Él en Su gracia y en amor no se nos hubiera revelado a nosotros.

Me siento un poco irritado o dolorido ante la continua esperanza de tantas personas de que podrán alcanzar a Dios -comprender a Dios, tener comunión con Dios- por medio de sus capacidades intelectuales. ¿Cuándo se darán cuenta de que si pudieran llegar a «descubrir" a Dios con el intelecto, serian iguales a Dios? Haríamos bien en inclinarnos hacia la clase de descubrimiento de Dios descrito por el profeta Isaías:

En el año en que murió el rey Uzias, vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y la orla de su manto llenaba el templo (6:1).

Ahora bien, lo que Isaías vio fue totalmente distinto y diferente de todo lo que había visto antes. Hasta este

momento en su vida, Isaías se había familiarizado con las buenas cosas que Dios había creado. Pero nunca había sido introducido en la presencia del Increado.

Para Isaías, así, el violento contraste entre lo que es Dios y lo que no es Dios fue tal que su mismo lenguaje sufrió bajo el esfuerzo por expresarlo.

Significativamente. Dios estaba revelándose al hombre. Isaías hubiera podido dedicarse millones de años a tratar de alcanzar a Dios mediante su intelecto sin posibilidad alguna de lograr el éxito. Todo el poder cerebral acumulado en todo el mundo no podría llegar a Dios Pero el Dios vivo, en el espacio de un solo segundo en el tiempo se puede revelar al espíritu bien dispuesto. Es sólo entonces que un Isaías, o cualquier otro hombre o mujer, puede decir con humildad pero con certidumbre: «Le conozco.»

A diferencia de los hombres. Dios nunca actúa sin un propósito. Aquí Dios se estaba revelando a sí mismo a Isaías con unos propósitos eternos. Isaías ha tratado de darnos un verdadero registro, pero lo que verdaderamente sucedió es más grande que lo que escribió Isaías en la proporción en que Dios es mayor que la mente humana. Isaías confiesa que nunca antes había visto al Señor sentado en un trono.

Los modernos críticos de este registro de Isaías nos advierten en contra del peligro del antropomorfismo, es decir, el intento de aplicar a Dios ciertos atributos humanos.

Nunca me han hecho miedo las palabras hinchadas. Que lo llamen como quieran, yo sigo creyendo que Dios está sentado en un trono, investido de una soberanía que le es intrínseca. Creo, también, que Dios se sienta en un trono decidiendo todos los acontecimientos, en último término, según el propósito que se propuso en Cristo Jesús antes que comenzara el mundo.

Ahora, debido a que estamos tratando acerca de la adoración, consideremos los goces y deleites de las criaturas celestiales, los serafines, alrededor del trono de Dios. Éste es el registro de Isaías:

Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban.

Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo es Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria.

Conocemos bien poca cosa acerca de estos seres creados, pero me siento impresionado por su actitud de adoración exaltada. Están cercanos al trono, y arden de amor fervoroso hacia la Deidad. Estaban entregados a sus cánticos antifonales: «¡Santo, santo, santo!»

Me he preguntado a veces por qué los rabinos y los santos e himnistas de aquellos antiguos tiempos no llegaron al conocimiento de la Trinidad ya sólo con la alabanza de los serafines: «Santo, santo, santo.- Yo soy trinitario: Creo en un Dios, el Padre Omnipotente, hacedor de los cielos y de la tierra. Creo en un Señor Jesucristo, Hijo del Padre, engendrado por Él antes de todos los tiempos. Creo en el Espíritu Santo, el Señor y dador de la vida, quien juntamente con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado.

Ésta es una conmovedora escena: la adoración de los serafines a Dios. Cuanto más leo mí Biblia tanto más creo en el Dios Trino y Uno.

En la visión de Isaías los serafines estaban cantando sus alabanzas a la Trinidad 800 años antes que María clamara gozosa y su Bebé llorara en el pesebre de Belén, cuando la segunda persona de la Trinidad, el Hijo Eterno, vino a la tierra para morar entre nosotros. Las palabras clave entonces, y la clave aún de nuestra adoración tiene que ser: «¡Santo, santo, santo!»

Estoy descubriendo que muchos cristianos no se sienten verdaderamente cómodos con los santos atributos de Dios. En tales casos me veo obligado a preguntarme acerca de la calidad de la adoración que tratan de ofrecerle.

La palabra «santo» es más que un adjetivo diciendo que Dios es santo: es una adscripción extática de gloria al Dios Trino y Uno. No estoy seguro de que sepamos exactamente lo que significa, pero creo que deberíamos intentar una definición.

Sólo la persona moral absoluta puede describir a Dios Todo lo que aparece como bueno entre hombres y mujeres tiene que quedar excluido, porque somos humanos. Ninguno de nosotros es moralmente puro. Abraham. David y Elías; Moisés, Pedro y Pablo, todos ellos fueron hombres buenos. Fueron incluidos en la

comunión de Dios. Pero cada uno de ellos tuvo sus fallos y debilidades humanas como miembros de la raza de Adán. Cada uno de ellos tuvo que hallar el lugar del humo de arrepentimiento. Por cuanto Dios conoce nuestros corazones y nuestras intenciones. Él puede restaurar a Sus hijos sinceros y creyentes que están en la fe.

Mucho de nuestro problema en persistir en comunión con un Dios santo es que muchos cristianos se arrepienten sólo de lo que hacen, en lugar de por lo que son.

Nos sería de ayuda para preocuparnos acerca de la calidad de nuestra adoración cuando consideramos que la reacción de Isaías fue la de un sentimiento de absoluta profanidad ante la presencia de la pureza moral del Ser divino. Consideremos que Isaías era un joven recomendable: con cultura, religioso y primo del rey. Hubiera sido considerado un buen diácono en cualquier iglesia. Hoy se le pediría que sirviera en una de nuestras juntas misioneras.

Pero aquí Isaías se sintió atónito. Se sintió lleno de maravilla, todo su mundo disolviéndose repentinamente en un vasto resplandor eterno. Se vio denunciado frente a aquel resplandor: rojo y negro, los colores del pecado.

¿Qué había sucedido? Isaías, sólo humano, había percibido a Uno cuyo carácter y naturaleza exhibían la perfección. Sólo podía lograr testificar: «Mis ojos han visto al Rey. La definición de "Santo, santo, santotiene, desde luego, que dejar lugar para el «misterio- si, en nuestros intentos de adorar, debemos tener una apreciación eficaz de nuestro Dios.

Hay líderes en varios círculos cristianos que saben tanto acerca de las cosas de Dios que se ofrecen a responder a cualquier pregunta que puedas tener.

Podemos esperar a responder a las preguntas de manera útil hasta donde podamos saber. Pero hay una sensación de misterio divino que atraviesa todo lo referente al reino de Dios, mucho más allá del misterio que los científicos descubren que atraviesa el reino de la naturaleza.

Los hay que pretenden saberlo todo acerca de Dios, que pretenden poderlo explicar todo acerca de Dios, de Su creación, de Sus pensamientos y de Sus juicios. Se han unido a las filas de los racionalistas evangélicos. Terminan eliminando el misterio de la vida y de la adoración. Cuando han hecho esto, también han excluido a Dios.

La clase de actitud de .sabelotodo- acerca de Dios que vemos en algunos maestros en la actualidad los deja en una posición muy difícil. Tienen que criticar rotundamente y condenar a cualquier otro hombre que adopte una postura ligeramente diferente a la de ellos.

Nuestra inteligencia, facilidad de palabra y elocuencia pueden, quizá, traicionar nuestra falta de la maravilla divina sobre nuestros espíritus, callada y maravillosa, que emite un susurro: -Oh Señor Dios. Tú lo sabes.»

En Isaías 6 vemos una clara exhibición de lo que le sucede a una persona en el misterio de la Presencia. Isaías, abrumado dentro de su propio ser sólo puede confesar con humildad: «¡Soy hombre de labios inmundos!-

Os recuerdo que Isaías reconoció la «foraneidad-, algo del misterio de la Persona de Dios. Ante aquella Presencia. Isaías no encontró sitio para bromas ni para un inteligente cinismo ni para una familiaridad humana. Encontró foraneidad en Dios, esto es una presencia desconocida para el humano pecaminoso, mundano y autosuficiente.

Una persona que ha sentido lo que Isaías sintió nunca podrá hacer bromas acerca de «El de arriba- ni acerca de «Alguien allá arriba que me ama.»

Una de las actrices que seguía frecuentando los clubes nocturnos tras su supuesta conversión a Cristo fue citada como diciéndole a alguien: «¡Deberías conocer a Dios! Sabes. ¡Dios es sencillamente una preciosidad viviente!- Leí acerca de otro hombre diciendo: «Dios es una buena persona.-

Confieso que cuando oigo o leo estas cosas siento dentro un enorme dolor. Hermano, hermana, hay algo acerca de nuestro Dios que es *diferente*, que está más allá de nosotros, que está por encima de nosotros, trascendente. Tenemos que estar humildemente dispuestos a abrir de par en par nuestros corazones y rogar: «Oh Dios, resplandece Tú en mi entendimiento, porque nunca te hallaré de otra manera.-

El misterio, la foraneidad, están en Dios. Nuestro Señor no espera de nosotros que nos comportemos como zombies cuando nos convertimos a Cristo Pero sí espera que abramos nuestra alma al misterio que es Dios. Creo que es apropiado para nosotros decir que un cristiano genuino debería ser un misterio andante, porque desde luego es un milagro andante. Por medio de la conducción y del poder del Espíritu Santo, el cristiano está involucrado en una vida diaria y en unos hábitos que no se pueden explicar. Un cristiano debería tener sobre si un elemento que esté más allá de la psicología -más allá de todas las leyes naturales, teniendo que ver con las leyes espirituales-.

Dios es fuego consumidor. Se nos dice que horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo. ¿Recuerdas el primer capítulo de Ezequiel? El atribulado profeta vio los cielos abiertos. Le fue dada una visión de Dios. Y luego observó seres vivientes de cuatro rostros en medio del fuego.

Creo que en nuestro testimonio y ministerio los cristianos deberíamos ser hombres y mujeres de fuera del fuego. Porque nuestro Dios es santo. Él es activamente hostil contra el pecado. Dios solamente puede arder de continuo y para siempre contra el pecado. En otro pasaje, Isaías pregunta: "¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quien de nosotros habitará con llamaradas eternas?-" (33:14).

Isaías no pensaba acerca de los que quedarían separados de Dios, estaba pensando acerca de una compañía que querría vivir para Dios y morar con Dios. Él responde a su propia pregunta: -El que camina en justicia y habla lo recto... éste habitará en las alturas- (33:15, 16).

El Ejército de Salvación siempre ha tenido como su lema: «Sangre y Fuego». Yo estoy por esto en las cosas de Dios. Sabemos de la purificación por la sangre de Cristo. Las referencias a las obras de Dios tienen que ver a menudo con una llama santa. Juan el Bautista señaló a la venida de Cristo y dijo: «Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento... él os bautizará en Espíritu Santo y fuego- (Mateo 3:11).

Cuando Isaías clamó: «¡Ay de mí!, que estoy muerto-, fue un clamor de dolor. Fue el clamor revelador de la consciencia de impureza. Estaba experimentando el desmoronamiento de la criatura puesta ante la santidad del Creador.

¿Qué debería suceder en una conversión genuina? ¿Qué debería sentir un hombre, una mujer, en la transacción del nuevo nacimiento? Debería haber aquel verdadero y genuino clamor de dolor. Es por esto que no me gusta la clase de evangelismo que trata de invitar a la gente a la comunión con Dios haciéndoles firmar una tarjeta. Debería haber un nacimiento desde arriba y dentro.

Debería haber el terror de vemos en violento contraste con el santo, santo, santo Dios. A no ser que lleguemos al lugar de la convicción y del dolor, no estoy seguro de lo profundo y verdadero que sea jamás nuestro arrepentimiento.

Hoy, no se trata de la cuestión de si tenemos la purificación de Isaías, sino de si tenemos su consciencia. Él era impuro, y, gracias a Dios, se hizo consciente de ello. Pero el mundo hoy es impuro y parece ser casi totalmente inconsciente de este hecho.

La impureza con inconsciencia tendrá terribles consecuencias. Esto es lo que va mal con la iglesia cristiana y con nuestro protestantismo. Nuestro problema es la depravación que sigue dentro del círculo de los justos, de los llamados a ser santos, entre aquellos que pretenden ser grandes almas.

Nos gusta la visión y la consciencia de Isaías. Pero no nos gusta pensar en el carbón encendido sacado del fuego y puesto sobre la boca del profeta.

Purificación por sangre y fuego. Los labios de Isaías, simbólicos de toda su naturaleza, fueron purificados mediante fuego. Dios podía decirle entonces: «Es quitada tu culpa- (6:7).

Así fue como el asombrado y dolorido Isaías pudo llegar genuinamente a un sentimiento de una justicia moral restaurada. Así es como halló instantáneamente que estaba listo para la adoración, y también que estaba listo y ansioso para el servicio en la voluntad de Dios.

Y a cada uno de nosotros nos tiene que tocar el fuego de la gracia de Dios, si queremos tener esta certidumbre de perdón y de restauración moral. Es sólo por medio de las honduras del amor perdonador de Dios que hombres y mujeres pueden ser restaurados así y dispuestos para servirle.

De la misma manera, ¿hay alguna otra forma en la que nosotros las criaturas de Dios, podamos prepararnos

y quedar listos para adorarle?

Sólo puedo recordaros nuestras grandes necesidades en este día terrible en el que hombres y mujeres están haciendo todo lo posible para disminuir a Dios a su tamaño. Muchos creen también que es posible lograr el control del Dios soberano, y bajarlo en el pensamiento hasta un plano en el que puedan emplearle a Él como quieran.

Incluso en nuestros círculos cristianos somos susceptibles de depender de técnicas y métodos en la obra que Cristo nos ha dado para hacer. Sin una dependencia completa en el Espíritu Santo sólo podemos fracasar. Si hemos sido engañados a creer que podemos hacer la obra de Cristo por nosotros mismos, nunca será llevada a cabo.

El hombre a quien Dios vaya a usar tiene que ser deshecho. Tiene que ser un hombre que haya visto al Rey en Su hermosura. Nunca demos nada por supuesto acerca de nosotros, hermano mío, hermana mía.

¿Sabéis qué es lo que más me angustia? ¿Sabéis qué es por lo que más oro en mi obra pastoral? Por mi mismo. No lo digo por parecer humilde, porque durante toda mi vida he predicado a gente mejor que yo.

Os digo otra vez que Dios nos ha salvado para ser adoradores. Que Dios nos muestre una visión de nosotros mismos que nos baje hasta el punto de la devaluación total. Desde allí podrá elevamos a adorarle y a alabarle y a testificar de El.

CAPITULO

7

LA ADORACIÓN GERMINA INVOLUCRA SENTIMIENTOS

Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote, Y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallaba algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén.

Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; Y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Él dijo: ¿Quién eres. Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón.

Él, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer.

Y los hombres que iban de camino con él. Se pararon atónitos, oyendo a la verdad la voz, más sin ver a nadie.

Entonces Saulo se levantó del suelo, y aunque tenia los ojos abiertos, no vela a nadie; así que, llevándole de la mano, le metieron en Damasco.

Y estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió. Hechos 9:1-9

¿CUANTO TIEMPO crees que pasará, si el Señor todavía espera, antes de que algunas de las asombrosas nuevas iglesias como las del primitivo Valle Baliem de Irian Jaya, en Indonesia, se lancen a enviar misioneros evangélicos al Canadá y a los Estados Unidos?

Si esta idea te turba, tienes una necesidad desesperada de leer este capítulo.

Tengo una razón para sugerir esto como una posibilidad en algún tiempo en el futuro. En Chicago me presentaron a un hermano cristiano profundamente serio que había venido de su nativa India con un emocionante y agradecido testimonio de la gracia de Dios en su vida.

Le pregunté, naturalmente, acerca de su origen eclesial. No era Pentecostal. Tampoco era anglicano ni bautista. No era ni presbiteriano ni metodista.

Ni siquiera sabía lo que queríamos decir con la etiqueta de interdenominacional». Era, sencillamente, un hermano en Cristo.

Este indio había nacido en el seno de la religión hindú, pero fue convertido al Señor Jesucristo y vino a ser discípulo de Él leyendo y estudiando seriamente el registro del Nuevo Testamento de la muerte y resurrección de nuestro Señor.

Él hablaba inglés lo suficientemente bien como para expresar sus intereses cristianos por el mundo y por las iglesias. Le pedí que hablase desde mi pulpito.

Por medio de aquel encuentro, me di cuenta que a no ser que nos despertemos espiritualmente, a no ser que seamos llevados de vuelta a un amor genuino, a una adoración genuina nuestro candelero puede ser quitado. Puede que necesitemos que nos vengan misioneros, desde luego. ¡Puede que los necesitemos para que nos muestren lo que es el cristianismo genuino y vital!

Nunca deberíamos olvidar que Dios nos creó para ser adoradores gozosos, pero que el pecado nos llevó a cualquier cosa menos a la adoración. Luego, en el amor y misericordia de Dios en Cristo Jesús, fuimos restaurados a la comunión de la Deidad por medio del milagro del nuevo nacimiento.

Has sido perdonado y restaurado», nos recuerda Dios. -Soy tu Creador, Redentor y Señor, y me deleito en tu adoración.»

No sé, amigo mío cómo esto te hace sentir, pero yo siento que debo darle a Dios toda la respuesta de mi corazón. Me siento feliz de ser contado como adorador.

Bien, esta palabra «sentir» se ha introducido aquí, y sé que puede que hayas sentido una reacción repentina contra ella. De hecho, he oído a personas decirme muy dogmáticamente que ellos nunca permitirán que el «sentimiento» tenga parte alguna de su vida y experiencia espiritual. Yo les contesto: «¡Lo siento por ti!» Y lo digo porque he expresado una definición muy real de lo que creo que es la verdadera adoración: *¡Adorar es sentir en el corazón!*

En la fe cristiana deberíamos poder emplear la palabra «sentir» de manera abierta y sin excusas. ¿Qué cosa peor se podría decir de nosotros como la iglesia cristiana si se pudiera decir de nosotros que somos personas sin sentimientos?

La adoración debe provenir siempre de una actitud interior. Incorpora una cantidad de factores, incluyendo lo mental, lo espiritual y lo emocional. Puede que en unas ocasiones uno no adore con el mismo grado de maravilla y amor que en otras, pero la actitud y el estado de la mente son consistentes si estás adorando al Señor.

Puede que a veces un padre no parezca amar a su familia y gozar de ella con la misma intensidad cuando está desalentado, cuando está cansado de muchas horas de trabajo o cuando unos acontecimientos le han hecho sentirse deprimido.

Puede que no muestre tanto amor exteriormente hacia su familia, pero está ahí, no obstante, porque no es sólo un sentimiento. Es una actitud y un estado de la mente. Es un acto sostenido, sometido a varios grados de intensidad y perfección.

Yo entré en el reino de Dios con gozo, sabiendo que había sido perdonado. Sé algo de la vida emocional que viene Junto con la conversión a Cristo.

Pero recuerdo bien que en mi primer tiempo en la comunión cristiana los había que me advertían en contra de los peligros de los "Sentimientos». Me citaron el ejemplo bíblico de Isaac que sintió los brazos de Jacob, creyendo que eran los de Esaú. ¡Y así el hombre que se dejó guiar por sus sentimientos se equivocó! Esto suena a interesante, pero no es algo sobre lo que se pueda edificar doctrina cristiana.

Pensemos en la mujer enferma, en el registro evangélico, que había tenido un flujo de sangre durante doce años, y que había sufrido muchas cosas de parte de muchos médicos.

Marcos registra que cuando oyó de Jesús, ella acudió entre la multitud y simplemente tocó el borde de Su manto. En aquel mismo instante «cesó su hemorragia, y sintió en su cuerpo que había quedado curada de su aflicción- (Marcos 5:29).

Sabiendo lo que había sido hecho en su interior por el Salvador, ella -vino hacia él, y echándose a sus pies, le dijo toda la verdad- (5:33). Su testimonio fue en adoración y alabanza. Ella sintió en su cuerpo que estaba sanada.

Los que hemos recibido bendición en nuestro propio ser no queremos unimos a ninguna campaña en favor de -seguir los sentimientos-. Por otra parte, si no sentimos nada en nuestros corazones, ¡estamos muertos!

Si te despiertas mañana por la mañana y tienes el brazo derecho totalmente entumecido -no sientes nada- llamarás rápidamente al médico con la mano izquierda buena.

La verdadera adoración es entre otras cosas, un sentimiento acerca del Señor nuestro Dios. Está en nuestros corazones, Y debemos estar dispuestos a expresarlo de una manera apropiada.

Podemos expresar nuestra adoración a Dios de muchas maneras. Pero si amamos al Señor y somos guiados por Su Espíritu Santo, nuestra adoración traerá siempre un sentimiento deleitoso de maravilla admirada y una sincera humildad de nuestra parte.

El hombre o la mujer orgullosos no pueden adorar a Dios más aceptablemente que el orgulloso diablo mismo. Tiene que haber humildad en el corazón de la persona que quiera adorar a Dios en espíritu y en verdad.

La manera en que muchas personas modernas piensan acerca de la adoración me inquieta. ¿Puede la verdadera adoración ser dirigida y manipulada? ¿Puedes ver conmigo el futuro en que, las iglesias puedan llamar al pastor el ingeniero espiritual?

He oído llamar a los psiquiatras «ingenieros humanos», y naturalmente están interesados en nuestras cabezas. Hemos reducido tantas cosas a términos de ingeniería, de ciencia o de psicología que es posible la llegada de «ingenieros espirituales». Pero ello nunca podrá tomar el lugar de lo que he llamado la maravilla atónita siempre que se describe a los adoradores en la Biblia.

Encontramos mucha de la maravilla espiritual atónita en el libro de los Hechos. Siempre hallarás presentes estos elementos cuando el Espíritu Santo dirige a hombres y mujeres creyentes.

Por otra parte, no hallaras maravilla atónita en los hombres y mujeres cuando el Espíritu Santo no está presente.

Los ingenieros pueden hacer muchas cosas en sus campos, pero ninguna mera fuerza o dirección humana puede obrar los misterios de Dios entre los hombres. Si no hay maravilla, ni experiencia de misterio, serán inútiles nuestros esfuerzos por adorar. No habrá adoración sin el Espíritu.

Si Dios puede ser entendido y comprendido por medio de cualquiera de nuestros medios humanos entonces no puedo adorarle. Una cosa es cierta. ¡Nunca doblaré mis rodillas diciendo -Santo, santo, santo- a aquello que he podido descifrar e imaginar en mi propia mente! Aquello que yo pueda explicar nunca me llevará a la maravilla. Nunca me dejará atónito ni lleno de maravilla y admiración.

Los filósofos llamaban al antiguo misterio de la personalidad de Dios el «mysterium conundrum». Los que somos hijos de Dios por la fe le llamamos «Padre nuestro que estás en los cielos». En secciones de la iglesia donde hay vida y bendición y maravilla en la adoración hay también el sentido del misterio divino. Pablo lo recapituló para nosotros como «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria».

¿Qué sucede entonces, en una iglesia cristiana cuando una obra renovadora y vital del Espíritu de Dios trae avivamiento? En mi estudio y en mis observaciones, un avivamiento resulta generalmente en un otorgamiento repentino de un espíritu de adoración. No es resultado de ingeniería ni manipulación. Es algo que Dios otorga a personas hambrientas y sedientas de Él. Con la renovación espiritual vendrá un bendito espíritu de adoración amante.

Estos creyentes adoran felices porque tienen una encumbrada visión de Dios. En algunos círculos. Dios ha sido abreviado, reducido, modificado, recortado, cambiado y enmendado hasta que ya no es el Dios al que vio Isaías, sublime y exaltado. Por cuanto ha sido reducido en las mentes de tantas personas, ya no tenemos aquella ilimitada confianza que solíamos tener en Su carácter.

Desafortunadamente, los hijos de Dios raramente van más allá de los límites de la gratitud. Pocas veces oigo a alguien en oración adoradora admirando y alabando a Dios por Su excelencia eterna.

Muchos de nosotros somos estrictamente cristianos de «Santa Claus», Pensamos en Dios como plantando el árbol de Navidad y poniendo regalos para nosotros a su pie. Éste es un tipo muy elemental de amor.

Tenemos que seguir adelante. Tenemos que conocer la bendición de adorar en la presencia de Dios sin el

pensamiento de querer salir fuera precipitadamente. Tenemos que deleitarnos en la presencia de la total e infinita excelencia. Una adoración así tendrá el ingrediente de la fascinación, de una exaltada excitación moral. Es evidente que algunos de los hombres y mujeres de la Biblia conocían esta clase de fascinación en su comunión con Dios. Si hemos de conocer, amar y servir a Jesús el Hijo, tenemos que dejar que el Espíritu Santo ilumine nuestras vidas humanas. Esta personalidad será entonces capturada y movida al éxtasis por la presencia de Dios.

¿Qué es lo que hace que un humano clame así?:

*¡Oh Jesús. Jesús, amada Señor!
Perdóname si por amor TU sagrado nombre repito yo.
Cada día mil veces sin cesar.
Arde. arde, oh amor, dentro de mí.
Arde rugiente noche y día, Hasta que toda la escoria de amores terrenos
Haya ardido, y consumida quede.'*

Estas expresiones vinieron del corazón adorador de Frederick W. Faber. Estaba completamente fascinado por todo lo que había experimentado en la presencia y comunión de un Dios y Salvador amante. Estaba, desde luego, lleno con una intensidad de excitación moral. Estaba lleno de maravilla ante la inconcebible magnitud y esplendor moral del Ser al que llamamos nuestro Dios.

Esta fascinación con Dios tiene que tener necesariamente un elemento de adoración. Puedes pedirme una definición de adoración en este contexto. Te diré que cuando adoramos a Dios, todos los hermosos ingredientes de la adoración son llevados al blanco vivo incandescente con el fuego del Espíritu Santo. Adorar a Dios significa que le amamos con todos los poderes dentro de nosotros. Le amamos con temor, maravilla y anhelo atónitos.

La amonestación a «amar al Señor tu Dios con todo tu corazón... y con toda tu mente- (Mateo 22:37) puede significar sólo una cosa. Significa adorarle.

Empleo la palabra -adorar- con parquedad, porque es una palabra preciosa. Me encantan los bebés, y me encantan las personas, pero no puedo decir que los adoro. La adoración la guardo para el único que la merece. En ninguna otra presencia ni ante ningún ser puedo arrodillarme con temor y maravilla llena de reverencia y anhelo y sentir la sensación de posesividad que clama -¡Mío, mío!»

Pueden llegar a cambiar las expresiones en los himnarios, pero siempre que los hombres y las mujeres se extasíen en adoración clamarán: -Oh Dios, mi Dios eres tú: de madrugada te buscaré- (Salmo 63:1). La adoración se convierte en una experiencia de amor totalmente personal entre Dios y el adorador. Así fue con David, con Isaías, con Pablo. Así es con todos aquellos cuyo deseo ha sido poseer a Dios.

Ésta es la feliz verdad; Dios es mi Dios.

Hermano o hermana, hasta que puedas decir *Dios* y *yo* nunca podrás decir *nosotros* en ningún sentido. Hasta que hayas podido hallar a Dios en soledad de alma, solo tú y Dios -como si no hubiera nadie más en el mundo-, nunca sabrás lo que es amar a las otras personas en el mundo.

En Canadá, los que han escrito de la piadosa santa Ana dijeron: -Ella habla con Dios como si no hubiera nadie más que Dios y como si Él no tuviera otros hijos más que ella.» Y ésta no era una cualidad egoísta. Había encontrado el valor y el deleite de derramar su devoción y adoración personales a los pies de Dios. La consagración no es difícil para la persona que ha encontrado a Dios. Allí donde hay una genuina adoración y fascinación, el hijo de Dios no quiere nada más que la oportunidad de derramar su amor a los pies del Salvador.

Un hombre joven me hablaba acerca de su vida espiritual. Había sido cristiano por varios años, pero estaba preocupado porque podía no estar cumpliendo la voluntad de Dios para su vida. Me habló de frialdad de corazón y de carencia de poder espiritual. Me di cuenta de que estaba desalentado y temeroso de la dureza de corazón.

Le di una expresión auxiliadora que proviene de los escritos de Bernardo de Claraval: -Hermano mío sólo el corazón endurecido no sabe que está endurecido. Sólo está endurecido el que no sabe que está endurecido. Cuando estamos preocupados por nuestra frialdad, es debido al anhelo que Dios ha puesto ahí. Dios no nos ha rechazado.»

Dios pone el anhelo y deseo en nuestros corazones, y Él no se aparta burlándose de nosotros. Dios nos pide que busquemos Su rostro en arrepentimiento y amor, y entonces encontramos toda Su plenitud en gracia esperándonos. En la gracia de Dios, ésta es una promesa para todo el ancho mundo.

Habrás leído acerca de Blas Pascal, el famoso científico francés del siglo XVII, y a menudo designado como uno de los seis más grandes pensadores de todo tiempo. Fue considerado como un genio en matemáticas, y sus indagaciones científicas tocaron muchos campos. Era filósofo y escritor. Pero lo mejor de todo fue que una noche experimentó un encuentro personal, abrumador, con Dios que cambió su vida.

Pascal escribió en una hoja de papel un breve relato de su experiencia, dobló el papel y lo guardó en un bolsillo cerca de su corazón, aparentemente como recuerdo de lo que había sentido. Los que le asistieron durante su agonía encontraron el papel, gastado y arrugado. En la misma escritura de Pascal, decía:

Desde alrededor de las diez y media de la noche hasta alrededor de media hora después de medianoche, ¡fuego! Oh Dios de Abraham, Dios de Isaac. Dios de Jacob no el Dios de los filósofos y de los sabios-. El Dios de Jesucristo que puede ser conocido sólo en los caminos del Evangelio. Seguridad - sentimiento - paz - gozo - lágrimas de gozo. Amén.

¿Eran éstas las expresiones de un fanático, de un extremista?

No. La mente de Pascal fue una de las más eminentes. Pero el Dios viviente había traspasado e ido más allá de todo lo que era humano, intelectual y filosófico. El atónito Pascal sólo pudo describir de una manera la visitación en su espíritu: «¡Fuego!»

Compréndase que ésta no era una declaración en oraciones gramaticales para que otros las leyeran. Era el pronunciamiento extático de un hombre entregado durante dos asombrosas horas en la presencia de su Dios. No hubo ingeniería ni manipulación humana aquí. Había sólo maravilla, asombro y adoración obradas por la presencia del Espíritu Santo de Dios mientras Pascal adoraba.

Lo que necesitamos entre nosotros es una visitación genuina del Espíritu. Necesitamos un repentino otorgamiento del espíritu de adoración entre el pueblo de Dios.

CAPITULO 8

LAS IGLESIAS QUE FALLAN EN CUANTO A DIOS FALLAN TAMBIÉN EN CUANTO A LA ADORACIÓN

Hasta que todos lleguemos a la unidad de la Je y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo: Para que ya no seamos niños, zarandeados por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error.

Sino que aferrándonos a la verdad en amor, crezcamos en todo hacia aquel que es la cabeza, esto es. Cristo, De quien todo el cuerpo, bien ajustado y trabado entre sí por todas las junturas que se ayudan mutuamente, según la actividad adecuada de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.

Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los demás gentiles, que andan en la vanidad de su mente.

Teniendo el entendimiento entenebrecido, excluidos de la vida de Dios por [a ignorancia que hay en ellos, por la dureza de su corazón, Efesios 4:13-18

MUCHAS PERSONAS QUE creen que «nacieron en el seno de la iglesia- y muchas que dan por supuestas sus

tradiciones eclesiales nunca dejan de preguntar: «¿Por qué hacemos lo que hacemos en la iglesia, y lo llamamos adoración?»*

Parecen tener muy poco conocimiento acerca de -y probablemente menos aprecio hacia-, la clase de creyentes cristianos a los que Pedro describe como «real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido».

Permitid que os haga entonces la pregunta que tantos hombres y mujeres de antecedentes religiosos nunca llegan a preguntar: ¿Cuál es la verdadera definición de la *iglesia cristiana*? ¿*Cuáles son los propósitos básicos para su existencia*? Permitidme que os responda a ello.

Creo que una iglesia local existe para hacer corporativamente lo que cada creyente cristiano debiera estar haciendo individualmente: adorar a Dios. Es para proclamar las excelencias de Aquel que nos ha llamado de las tinieblas a Su luz admirable. Es para reflejar las glorias de Cristo siempre resplandeciendo sobre nosotros por medio de los ministerios del Espíritu Santo.

Voy a decir algo que os sonará a extraño. Incluso me suena extraño a mí al decirlo, porque no solemos oírlo dentro de nuestros círculos cristianos. *Somos salvos para adorar a Dios*. Todo lo que Cristo ha hecho por nosotros en el pasado y lo que está haciendo ahora conduce a este fin.

Si negamos esta verdad y decimos que la adoración no es realmente importante, podemos dar la culpa a nuestras actitudes por la gran detención en el crecimiento en nuestros círculos cristianos.

¿Por qué debería ser la iglesia de Jesucristo una escuela espiritual en la que apenas si alguno se gradúa del primer grado? Ya conocéis el chiste acerca de un hombre al que le preguntaron si había recibido una buena educación. «Supongo que sí», contestó él. «Pasé cinco años en el cuarto grado.

No hay humor en la confesión de nadie, hombre o mujer, de que debería ser un buen cristiano, habiendo pasado los últimos diecinueve años en los grados segundo y tercero de la comunión cristiana. ¿Cuándo ha descubierto a alguien en las Escrituras que la iglesia cristiana mantiene la proposición de que todos deberían quedar estáticos? ¿De dónde vino el concepto de que si eres cristiano y estas en el redil de la fe no necesitas crecer? ¿En base a qué autoridad no debemos preocuparnos acerca de la madurez cristiana y del desarrollo cristiano? Pregúntale a la gente de la iglesia por qué se convirtieron y recibirás esta respuesta: «¡Para poder ser felices, felices, felices! Todo el que sea feliz que diga ¡Amén!»

Esta condición no es algo aislado. Es la misma por toda América del Norte y mucho más allá. Supongo que estamos por todo el mundo seriamente ocupados en evangelismo. y haciendo más alumnos de primer grado. Parece ser una idea brillante y extensamente aceptada que podemos mantener a los convertidos en el primer grado hasta que el Señor venga, y entonces Él les dará el gobierno de cinco ciudades.

Ahora bien, los que me conocéis bien sabéis que no he dicho estas cosas acerca de la iglesia en un esfuerzo por parecer penetrante ni para divertirme a costa de la iglesia. Desde luego, no las he dicho en ningún esfuerzo por parecer más santo que tú».

Vivimos en un tiempo en que el Espíritu de Dios nos está diciendo: v'.Cuán genuino es tu interés por los hombres y mujeres en perdición? ¿Cuan reales son tus oraciones de interés por la iglesia de Cristo y su testimonio al mundo? ¿Cuánta agonía sientes en tu alma acerca de las presiónemele esta vida y de la sociedad moderna en su relación con el bienestar espiritual de tu propia familia?»

Les haremos mucho daño a la iglesia y a aquellos a los que amamos y por los que sentimos interés si no reconocemos la manera de tiempo terrible que nos ha tocado vivir. ¿Serás tan insensato como para pensar que todo va a permanecer tal como está, semana tras semana, mes tras mes, año tras año?

Probablemente estemos más familiarizados con la historia canadiense, americana y británica que con la del resto del mundo.

Pero será bueno recordar la historia y la suerte de Roma. Uno de los imperios más civilizados que haya conocido el mundo, Roma cayó como un gran árbol podrido. Seguía teniendo poderío militar y exhibición de poder en lo exterior. Pero Roma se había desmoronado interiormente. Roma estaba entregada a los excesos de comida y bebida, a los juegos circenses y a los placeres y, naturalmente, a una concupiscencia e inmoralidad sin freno.

¿Cuál fue el gran ejército que destruyó el Imperio Romano?

Roma cayó ante las hordas de los bárbaros del norte -los lombardos, los hunos, los ostrogodos-, gentes que no eran siquiera dignos de cuidarse de los zapatos de los romanos. Roma se había engordado, debilitado y vuelto descuidada y sin vigilancia. El Imperio Romano en Occidente terminó cuando su último emperador, Rómulo Augústus fue depuesto el 476 d. C.

La tragedia que sucedió a Roma desde el interior es la misma clase de amenaza que puede dañar y hacer peligrar a una iglesia complacida y mundana desde el interior. Es difícil para una iglesia orgullosa y desinteresada funcionar como una iglesia espiritual, madura y adoradora. Hay siempre el peligro inminente de fracaso delante de Dios.

Muchas personas leales a la iglesia y a las formas y tradiciones niegan que el cristianismo esté mostrando daño alguno en nuestro tiempo. Pero es la hemorragia *interna* la que trae muerte y descomposición. Podemos quedar derrotados en la honra en que sangremos demasiado por dentro.

Recordemos las expectativas de Dios acerca de la iglesia cristiana, de los creyentes que constituyen el invisible Cuerpo de Cristo.

Nunca estuvo en el plan revelado de Dios que las iglesias cristianas degenerasen hasta el punto en que comenzaran a funcionar como clubes sociales. La comunión de los santos que presenta la Biblia nunca depende de la variedad de conexiones sociales sobre las que reposan las iglesias en estos tiempos modernos. La iglesia cristiana nunca fue constituida para que funcionara como un foro de los acontecimientos recientes. Dios no propuso que una revista de noticias populares viniera a servir de libro de texto, proveyendo la rampa desde la que pueda despegar una discusión secular y emprender el vuelo.

Puede que me hayas oído hablar acerca del arte dramático y de las actuaciones, de hacer ver y de hipocresía. Si es así, no te sorprenderás cuando te diga, sin ambigüedades, que la iglesia de Jesucristo nunca fue constituida para convertirse en un teatro religioso. Cuando edificamos un santuario y lo dedicamos a la adoración ríe Dios ¿estamos entonces obligados a proveer un lugar en la iglesia para que unos faranduleros exhiban sus talentos de aficionado?

No puedo creer que el santo, amante y soberano Dios que nos ha dado un plan de salvación eterna basado en los sufrimientos y la muerte de nuestro Señor Jesucristo pueda complacerse cuando Su iglesia se convierte en cualquiera de estas cosas.

No somos ni tan santos ni tan sabios que podamos argumentar en contra de las muchas declaraciones en la Biblia que nos exponen las expectativas de Dios con respecto a Su pueblo, la Iglesia, el Cuerpo de Cristo.

Pedro nos recuerda que si somos creyentes que atesoramos la obra de Cristo en nuestro favor, somos un linaje escogido, un sacerdocio regio, una nación santa, un pueblo especial y peculiar, adquirido por Dios. Pablo le dijo a los atenienses que un creyente e hijo de Dios efectivo y obediente vive y se mueve y tiene su ser en Dios.

Si estamos dispuestos a confesar que hemos sido llamados de las tinieblas para mostrar la gloria de Aquel que nos ha llamado, deberíamos estar también dispuestos a dar los pasos que sean necesarios para cumplir nuestra sublime vocación y llamamiento como la Iglesia del Nuevo Testamento.

Hacer menos que ello es fracasar absolutamente. Es fallarle a nuestro Dios. Es fallarle a nuestro Señor Jesucristo que nos ha redimido. Es fallarnos a nosotros mismos y fallarles a nuestros hijos. Es fallarle también miserablemente al Espíritu Santo de Dios que ha venido del corazón de Jesús para hacer en nosotros las obras que sólo pueden ser llevadas a cabo por parte de Dios mediante un pueblo santo y santificado.

En este concepto total de la iglesia cristiana y de los miembros que la componen, hay dos maneras en las que podemos fallarle a Dios. Podemos frustrarle como iglesia, perdiendo nuestro testimonio corporativo. Generalmente relacionado con este fracaso va nuestro fracaso como cristianos individuales.

Nos miramos el uno al otro y empleamos uno de los argumentos más antiguos: «Bueno, esta clase de fallo no puede, desde luego, sucedernos a nosotros aquí.»

Si somos cristianos preocupados y dados a la oración, recordaremos una pauta. Cuando una iglesia se debilita, en cualquier generación, dejando de cumplir los propósitos de Dios, se apartará totalmente de la fe en la siguiente generación.

Así es como penetra la decadencia en la iglesia. Así es como entra la apostasía. Así es como se descuidan los fundamentos de la fe. Así es como salen a superficie opiniones liberales e inciertas acerca de la sana doctrina cristiana.

Es una realidad seria y trágica que una iglesia puede realmente fallar. El punto de ruptura llegará cuando deje de ser una iglesia cristiana. Los creyentes que queden sabrán que la gloria se ha ido.

En los días de la peregrinación de Israel, Dios dio la nube visible de día y la columna de fuego de noche como testimonio y evidencia de Su gloria y constante protección. Si Dios siguiera dando las mismas señales de Su Presencia permanente, me pregunto cuántas iglesias tendrían la aprobadora nube de día y la columna de fuego de noche.

Si tienes alguna percepción espiritual en absoluto, no me será necesario declarar que en nuestra generación y en cada comunidad, grande o pequeña, hay iglesias que existen meramente como monumentos de lo que solían ser. La gloria se ha ido. El testimonio de Dios y de la salvación y de la vida eterna es ahora sólo un sonido incierto. El monumento está ahí, pero la iglesia ha fracasado.

Dios no espera de nosotros que abandonemos, que cedamos, que aceptemos la iglesia como es y que demos nuestro asentimiento a lo que está sucediendo. El espera que Sus hijos creyentes midan la iglesia frente a las normas y bendiciones prometidas en la Palabra de Dios. Entonces, con amor y reverencia y oración, conducidos por el Espíritu de Dios, trataremos quieta y pacientemente de alinear la iglesia con la Palabra de Dios. Cuando esto comience a suceder y la Palabra de Dios reciba su lugar de prioridad, la presencia del Espíritu Santo volverá a resplandecer en la iglesia. Esto es lo que mi corazón anhela ver. Ahora bien, la segunda cosa es la cuestión de los individuos que le están fallando a Dios.

Dios tiene sus propios propósitos en la creación de cada hombre y mujer. Dios quiere que conozcamos el nuevo nacimiento de lo alto. Quiere que conozcamos el significado de nuestra salvación. Quiere que seamos llenos de Su Espíritu. Quiere que conozcamos el significado, de la adoración. Quiere que reflejemos la gloria de Aquel que nos ha llamado a Su luz admirable.

ST fallamos a este respecto, ¡mejor nos iría no haber nacido! La realidad está bien clara: No hay camino de vuelta. Después de haber nacido de lo alto, no hay camino de vuelta. Somos responsables y tenemos que dar cuenta. ¡Cuan terriblemente trágico ser una higuera estéril, con la exhibición externa de hojas y crecimiento, pero no habiendo nunca producido ningún fruto! ¡Cuan terrible conocer que Dios quería que reflejáramos Su hermosa luz,"y tener que confesar que estamos quebrados y que somos inútiles e incapaces de reflejar nada!

Ten la certeza de que seremos conscientes de nuestra pérdida, amigo mío. Lo seremos. Lo que más sobresalta da y más terrible que tenemos como seres humanos es la consciencia eterna que Dios nos ha dado. Es una consciencia de ser y de estar, una sensibilidad que Dios mismo nos ha dado, una capacidad de sentir. Si no hubiéramos recibido esta sensibilidad, nada nos haría daño, porque nunca seríamos sensibles a ello.

El infierno no sería infierno si no fuera por la sensibilidad que Dios ha dado a hombres y mujeres. Si los humanos fueran simplemente a dormir en el infierno, el infierno dejaría de serlo.

Mi hermano cristiano, mi hermana cristiana, da gracias siempre a Dios por los maravillosos dones de la sensibilidad, de la conciencia y de la elección humana que Él te ha dado. ¿Eres fiel como creyente en Cristo allí donde Él te ha puesto?

Si Dios te ha llamado de las tinieblas a Su luz, deberías estar adorándole. Si te ha mostrado que debes proclamar las excelencias, las virtudes, la hermosura del Señor que te ha llamado, entonces deberías estar humilde y agradecidamente adorándole con la radiancia y bendición del Espíritu Santo en tu vida.

Es triste que los humanos no siempre funcionamos gozosamente para Dios en el lugar que El nos ha señalado. podemos incluso permitir que minucias, pequeños incidentes, perturben nuestra comunión con Dios y nuestro testimonio espiritual por Aquel que es nuestro Salvador.

Una vez tuve una oportunidad de predicar desde otro pulpito, y después del servicio estaba sentado en un restaurante con el pastor. Un hombre se acercó a nuestra mesa acompañado de su mujer, y se detuvieron un momento para hablar.

«Me gocé en escucharle hoy, señor Tozer», dijo él. «Fue como en los viejos tiempos.»

Había lágrimas en sus ojos y una suavidad en su voz al recordar un incidente nimio en la vida de nuestra iglesia hacía años. -Insensatamente, salí, y hoy fue un recuerdo de lo que me he estado perdiendo-, dijo. Luego, se excusó, y la pareja se despidió.

Aquel hombre era totalmente consciente de las consecuencias de las erróneas decisiones y juicios precipitados aparte de la conducción del Espíritu de Dios. Sé muy bien que él no estaba refiriéndose a mi sermón ni a mi predicación. Estaba hablando de fidelidad a la Palabra de Dios. Estaba hablando acerca de la dulce comunión llenadora de satisfacción entre aquellos que aman al Señor. Estaba hablando de la pérdida de algo intrínseco y hermoso que sólo podemos tener en nuestra obediencia a la voluntad revelada de Dios.

No hay límites para lo que Dios puede hacer por medio de nosotros si somos su pueblo obediente y purificarlo, adorando y exhibiendo Su gloria y fidelidad.

Tenemos que tener una sensibilidad, también, de lo que están haciendo el pecado y la impureza a todo nuestro, alrededor. El pecado no reconoce ninguna especie de frontera ni límite. El pecado no opera exclusivamente en los guetos. Allí donde estemos, en los suburbios o en el campo, el pecado es pecado. Y allí donde hay pecado, el diablo ruge y los demonios andan sueltos.

En esta clase de mundo lleno de pecado, ¿qué estás haciendo con la luz espiritual y la sensibilidad que Dios te ha dado? ¿Dónde te encuentras con Dios en tus amistades, en tus placeres en las complejidades de tu vida diaria?

Los psicólogos nos han estado diciendo durante algún tiempo que no tendremos tantos problemas si podemos llegar al punto en que no dejemos que nuestra religión nos «inquiete». Se nos dice que podemos eliminar la mayor parte de nuestros problemas personales librándonos de nuestros complejos de culpa.

Me siento agradecido de que Dios nos haya hecho con una sensibilidad eterna, y que Él sabe cómo poner sobre nosotros el cuidado e interés apropiados.

Hay gente que me visita buscando guía y consejo espiritual. Pero es poco lo que puedo hacer por ellos. Cuando una persona llega al lugar de sumisión y obediencia. Dios ha prometido que Él dará a aquella persona toda la consolación que necesita.

Después de llegar a Toronto, una joven culta y atractiva pidió hora para verme en mi oficina. Cuando llegó, estuvimos hablando un momento para conocernos, y luego fue al grano. Me dijo que estaba angustiada por sus relaciones lesbianas con su compañera de habitación. Añadió que ya había hablado acerca de esto con otros profesionales. Recibí la clara impresión de que esperaba que le aseguraría que lo que estaba haciendo era permisible en nuestros días.

En lugar de ello, la confronté directamente. -Joven-, le dije, -usted es culpable de sodomía, y Dios no va a darle a usted ninguna aprobación ni consolación hasta que se aparte de su pecado conocido y busque Su perdón y purificación».

Supongo que necesitaba oír esto», admitió ella. Como ministro y consejero cristiano, no tenía manera alguna de poder consolar a aquella muchacha y suavizar el dolor de la culpa que estaba experimentando en lo más hondo de su ser. Ella tendría que soportarlo hasta el momento de la decisión, en que confesara su pecado y se zambullera por fe en aquella fuente purificadora llena de sangre de las venas de Emanuel.

Éste es el remedio, ésta es la consolación y la fuerza necesaria que Dios ha prometido a aquellos cuya consciencia y sensibilidad los ha conducido al arrepentimiento, al perdón y a la sanidad.

Dios nos asegura de muchas maneras que Su pueblo adorador será un pueblo purificado, un pueblo que se deleite en las disciplinas espirituales de una vida que complace a Dios.

Nadie que haya hallado las bendiciones de, la pureza y el gozo en el Espíritu Santo puede jamás conocer la derrota. Ninguna iglesia que haya descubierto el deleite y la satisfacción de la adoración arrobada que brota automáticamente del amor y obediencia a Dios puede jamás perecer.

CAPITULO 9

EL CRISTIANO NORMAL ADORA A DIOS

Dios, *habiendo hablado* muchas veces y *cíe muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas*. En estos últimos días nos *ha hablado en el Hijo, a quien designó heredero de todo, por medio del cual hizo también el universo; El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la fiel representación de su ser real y el que sostiene todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de si mismo, se sentó a la diestra de la majestad en las alturas.*

Hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos...Mas del Hijo dice: Tu Trono, oh Dios, por el siglo del siglo: cetro de equidad es el cetro de tu reino.

Has amado la justicia y aborrecido la maldad por lo cual te ungió Días, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros.

Y: Tú oh Señor, en el principio pusiste los fundamentos de la tierra, y los cielos son obra de tus manos.

Ellos perecerán, mas tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, Y como un manto los enrollarás, y serán cambiados; pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán. Hebreos 1:1-4, 8-12

¿Qué clase DE cristiano debiera ser considerado un cristiano normal?» Esta pregunta merece más discusión que la que suscita actualmente.

Algunas personas afirman ser cristianos normales cuando en realidad quieren decir que son cristianos *nominales*. Mí viejo diccionario da esta definición como uno de los significados de la palabra *nominal*: Existiendo sólo de nombre: no real o verdadero: por ello, tan pequeño, tenue o así que apenas si es merecedor del nombre.

Con esto como definición, los que saben que son cristianos sólo de nombre nunca deberían tener la pretensión de ser cristianos «normales».

¿Es el Señor Jesús tu más precioso tesoro en el mundo? Si es así, puedes contarte entre los cristianos normales.

¿Está la hermosura que se encuentra sólo en Jesucristo llevándote constantemente a la alabanza y a la adoración? Si es así, estás, desde luego, entre aquellos a los que la Palabra de Dios identifica como cristianos normales, creyentes, practicantes.

Pero casi puedo anticipar una objeción. Cuando alguien se deleita y ocupa tanto con la persona de Jesucristo, ¿no se trata de una persona extremista en lugar de un cristiano normal? ¿Han llegado realmente los profesos cristianos, en sus tendencias humanistas y seculares, a aquel punto en que pueden negar sinceramente que amar a Jesucristo con todo su corazón y alma y fuerzas sea el cristianismo normal? ¡No debemos estar leyendo y estudiando la misma Biblia!

¿Cómo puede alguien profesar ser un perseguidor, discípulo de Jesucristo y no sentirse abrumado por Sus atributos? Estos atributos divinos son testimonio de que El es ciertamente el Señor de todo, completamente digno de nuestra adoración y alabanza.

Como cristianos nos gusta decir que le hemos «coronado de todo el Señor», pero encontramos difícil expresar lo que realmente queremos decir.

He estado siempre interesado en la fraseología de uno de nuestros grandes himnos:

*Señor de todo ser, en la lejanía entronizado.
Tu gloria se enciende desde estrellas y sol;
De toda esfera el centro y el alma,
Más cuan cerca de todo amante corazón.*

El Señor de todo ser es mucho más que el Señor de todos los seres. Él es el Señor de toda existencia real Él

es el Señor de todas las clases de ser: espiritual, natural, físico. Por ello, cuando le adoramos rectamente, abarcamos todo ser.

Cuando los jóvenes comienzan a comprender esta verdad de la sublime posición y estatura en el universo dada a Jesucristo como Señor de todo, comienzan también a darse cuenta de la importancia de Su llamamiento a una vida de amante servicio.

Muchos Jóvenes se entregan totalmente a la ciencia, algunos a la tecnología, algunos a la filosofía, a la música, a las artes. Pero cuando adoramos al Señor Jesucristo abarcamos y englobamos todas las posibles ciencias, filosofías y artes. Ésta es nuestra respuesta a aquellos en otros marcos religiosos que estén dispuestos a aceptar que Jesús fue un hombre, pero que no aceptan Su declaración de ser Uno con el Padre como el eterno Hijo de Dios.

Estos otros religionistas mantienen que cuando damos adoración al hombre Jesucristo nos hacemos culpables de idolatría, porque también nosotros confesamos que Él fue hombre. Creemos que Jesús vino entre nosotros como el Hijo del Hombre, pero creemos toda la revelación. Esta revelación nos comunica que Él era el unigénito del Padre. Así, Jesús era también Dios.

Por el misterio de la Encarnación. Jesucristo participó plenamente de la misma carne y sangre que la raza humana, el plan eterno no era traer a Dios al nivel de los hombres, sino llevar la humanidad arriba a Dios. Así, debemos ser unidos en la hermosura y maravilla de la unión teantrópica: Dios y hombre en uno.

La recapitulación de este singular misterio involucrando a Dios y al hombre es simplemente éste: todo lo que Dios sea. Cristo lo es. Cuando estamos adorando al Señor Jesús no estamos desagradando al Padre. Jesús es el Señor de todo ser, y es el Señor de toda vida.

El apóstol Juan nos ha dicho con llaneza en su primera epístola que ninguno de nosotros conocería nada acerca del sentido de la vida si Jesús no hubiera salido del Padre para mostrarnos el verdadero significado de la vida eterna. Pero Él vino, y como resultado, nos asegura Juan, «nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo».

El hecho de que Cristo es ahora la fuente de la vida para los hombres y mujeres redimidos y adoradores quedó expresado de manera sencilla en el himno tan lleno de significado de Charles Wesley, *Jesús, amante de mi alma*:

*Abundante gracia en Ti se halla,
Gracia para todo mi pecado cubrir; Que abunden las corrientes sanadoras;
Hazme y guárdame por dentro puro. Tú de vida eres la Fuente.
Libremente deja que de Ti tome; Dentro de mi corazón Tú la Fuente.
Sube para la eternidad entera.*

Sabemos que hay muchas clases de vida y podemos tener la certidumbre de que Jesús es el Señor de todas las clases de vida. En la primavera, observamos los nuevos y anhelantes brotes en los árboles y arbustos. Están listos para abrirse y crecer en las florecientes pautas de vida floral.

Pronto esperaremos el regreso de los pájaros. No perdono a los pájaros con demasiada facilidad. Son amigos de tiempo apacible. En los días oscuros y tempestuosos, cuando más los necesitamos, ellos están en Florida. Pero vuelven cada primavera, expresando su propio modo de vida al trinar.

Comenzamos a ver los conejos y los otros animales. Ellos tienen su propia clase de vida. Cristo es el Creador y Señor de todos ellos. Más allá de estas manifestaciones de vida tenemos, por ejemplo, la vida intelectual: la vida de la imaginación y de los sueños.

Sabemos algo también de la vida espiritual. «Dios es Espíritu: y los que le adoran, es necesario que le adoren en espíritu y en verdad» (Juan 4:24). El Hijo eterno de Dios es nuestro Señor. Él es el Señor de los ángeles, y el Señor de los querubines y serafines. Él es el Señor de cada clase de vida: este mismo Jesús.

En nuestros días es importante que descubramos que Jesucristo es el Señor de toda sabiduría y el Señor de toda Justicia!

La suma total de la profunda y eterna sabiduría de las eras reside en Jesucristo como tesoro escondido. No

hay ninguna verdadera sabiduría que no pueda ser hallada dentro de Él. Todos los profundos propósitos eternos de Dios residen en Él, por cuanto Su perfecta sabiduría le capacita para planear muy por adelantado. Toda la historia viene a ser el lento desarrollo de Sus propósitos eternos.

Dios, en Su sabiduría, hace que tanto los hombres malos como los buenos, las cosas adversas como las favorables, obren para la revelación de Su gloria en el día en que todo se cumplirá en Él.

La Escritura nos da muchos deleitosos conceptos de la manera en que Cristo es el Señor de toda Justicia.

La justicia no es una palabra fácilmente aceptable para los hombres y mujeres perdidos de un mundo perdido. «Oh, ya me quedaré satisfecho si puedo lograr un buen libro que trate de ética.» Fuera de la Palabra de Dios, no hay ningún libro que pueda darnos una respuesta satisfactoria acerca de la justicia, por cuanto el Único que es Señor de toda justicia es nuestro mismo Señor Jesucristo. Un cetro de justicia es el cetro de Su reino. Él es el Único en todo el universo que ha amado a la perfección la Justicia y aborrecido la maldad.

En el periodo del Antiguo Testamento, había una imagen de justicia en las sombras del sistema de adoración del templo. El Sumo Sacerdote debía entrar en el Lugar Santísimo una vez al año para ofrecer los sacrificios. Llevaba en la frente una mitra, y las palabras hebreas grabadas en la mitra serían, traducidas al castellano: -Santidad a Jehová». Nuestro gran Sumo Sacerdote y Mediador es el Justo y Santo: Jesucristo, nuestro Señor resucitado. Él no sólo es justo, sino que Él es el Señor de toda justicia.

También Él es el Señor de toda misericordia. ¿Quién sino Él establecería Su reino sobre rebeldes, rebeldes a los que el mismo ha redimido y en quienes ha renovado un espíritu *recto*?

Piensa conmigo acerca de la belleza, y en Éste que es el Señor de toda belleza. Sabemos por nuestras propias reacciones y goce que Dios ha depositado algo dentro del ser humano que es capaz de comprender y apreciar la belleza. Dios ha puesto dentro de nosotros el amor a las formas armónicas, el amor y aprecio por el color y por los sonos hermosos.

Lo que muchos de nosotros no comprendemos es que todas las cosas hermosas, tan placenteras a los ojos y oídos, son sólo las correspondencias externas de una belleza más profunda y duradera: la que llamamos belleza moral.

En relación con Jesucristo, ha sido la singularidad y perfección de Su belleza moral la que ha atraído incluso a los que han afirmado ser Sus enemigos a lo largo de siglos de historia. No tenemos registro alguno de Hitler diciendo nada contra las perfecciones morales de Jesús. Uno de los grandes filósofos, Nietzsche, él mismo un instrumento de fuerzas anticristianas en este mundo, murió finalmente golpeándose la frente sobre el suelo y gimiendo: -A este hombre Jesús amo. Es Pablo quien no me gusta.»

Nietzsche objetaba a la teología paulina de la justificación y salvación por la fe, pero se sentía extrañamente movido en su interior por las perfecciones de la belleza moral que se encuentran en la vida y en el carácter de Jesús, el Cristo, el Señor de toda belleza.

Vemos esta perfección en Jesús, pero cuando miramos de cerca el sistema de este mundo y de esta sociedad, vemos las terribles y feas huellas del pecado. El pecado ha herido y desfigurado este mundo, haciéndolo inarmónico, asimétrico y feo, de manera que hasta el infierno está lleno de fealdad.

Si te encantan las cosas hermosas, mejor quedarte fuera del infierno, porque el infierno será la quintaesencia de todo lo que es moralmente feo y obscuro. El infierno será el lugar más feo de toda la creación. Cuando los hombres que hablan fuerte dicen que algo es «tan feo como el infierno», emplean una comparación apropiada y válida. El infierno es aquella realidad frente a la que se mide toda fealdad.

Ésta es la imagen negativa. Gracias a Dios por la promesa positiva y perspectiva del cielo como lugar de suprema belleza. El cielo es el lugar de los números armónicos. El cielo es el lugar encantador. Aquel que es todo hermosura está ahí. Él es el Señor de toda belleza. Hermano mío, hermana mía, la tierra yace entre todo lo que es feo en el infierno y todo lo que es hermoso en el cielo. Mientras vivamos en este mundo, tendremos que considerar los extremos. Luz y tinieblas. Belleza y fealdad. Mucho que es bueno y mucho que es malo. Las cosas placenteras y las que son trágicas y duras.

¿Por qué? Debido al sentido en que nuestro mundo se encuentra a medio camino entre la belleza del cielo y la fealdad del infierno.

En este contexto, permitidme que os hable de alguien que me llamó para hacerme esta pregunta: -Señor Tozer. ¿Cree usted que una persona que es verdaderamente cristiana puede hacer daño a otra persona cristiana?» Me vi obligado a responder: >Sí, creo que sí.» ¿Por qué será que un hombre puede estar de rodillas un día, orando fervorosamente, y al día siguiente hacerse culpable de ofender o dañar a otro cristiano?

Creo que la respuesta reside en que estamos a mitad de camino entre el cielo y el infierno. Es porque caen sobre nosotros las sombras y la luz.

La mejor respuesta es que estamos siendo salvados de todo esto. El Señor de toda belleza está salvando a Su pueblo de la fealdad del pecado. Nuestro, Señor Jesucristo vino a este mundo feo, egoísta y violento para salvarnos y liberarnos a un cielo hermoso.

Nunca podremos comprender el terrible, horrible precio que el Señor de toda belleza pagó para alcanzar nuestra redención. El profeta dijo del Mesías que iba a venir: «No hay apariencia en él. ni hermosura como para que le miremos» (Isaías 53:2). No creo que los artistas hayan dado un concepto apropiado del hombre Jesús. Lo pintan como un hombre hermoso con un rostro tierno y femenino. Ignoran la declaración de que «No hay apariencia en él, ni hermosura como para que le miremos.» Jesús fue plenamente uno de nosotros, un Hombre fuerte entre los hombres. Aparentemente se parecía tanto a Sus discípulos que Judas Iscariote tuvo que dar una señal especial para ganarse sus treinta piezas de plata: «Al que yo bese, ése es» (Marcos 14:44).

Podemos bien decir que cuando el Hijo eterno tomó la forma de hombre, sólo Su alma permaneció hermosa. Sólo cuando fue repentinamente transfigurado en el monte «su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz» (Mateo 17:2). Sólo entonces vieron Sus discípulos más cercanos cuan hermoso Él era. Su belleza estuvo velada mientras anduvo entre los hombres.

Hay una eficaz ilustración en los tipos y figuras del Antiguo Testamento que nos recuerda los adornos de la gracia y belleza que marcarán al cuerpo creyente de Cristo, la Iglesia, preparada como la esposa que espera al Esposo celestial. Es la memorable historia de Isaac y Rebeca en Génesis 24. Abraham envió a su siervo de confianza a su antigua patria para seleccionar una esposa para Isaac. Naturalmente. Rebeca pasó todas las pruebas que el siervo de Abraham propuso. No hay ninguna declaración acerca de la belleza de Rebeca, pero es de suponer que era hermosa.

El adorno de su belleza consistió en las joyas y vestidos que vinieron como dones de amor del esposo al que aún no había visto.

Ello es un recordatorio de lo que Dios está haciendo en medio de nosotros justo ahora. Abraham es tipo de Dios Padre. Isaac, nuestro Señor Jesucristo, el Esposo celestial. El siervo que salió con sus dones al país lejano para buscar una esposa para Isaac es un buen tipo del Espíritu Santo, nuestro Maestro y Consolador.

Pregunto: ¿cual es nuestra verdadera belleza al ser llamados uno por uno para tomar nuestros puestos por la fe en el Cuerpo de Cristo para esperar Su venida? Dios no ha dejado esto al azar. Él nos da una por una las bellezas, los dones, las gracias del Espíritu Santo, tipificadas sólo imperfectamente por aquellas joyas y piedras preciosas que el siervo entregó en nombre de Isaac. Así estamos siendo preparados, y cuando encontremos a Jesucristo como nuestro venidero Señor y Rey, nuestro ornato será nuestras gracias y dones recibidos de Dios. ¡Por este medio podremos estar con Aquel que es el Señor de toda belleza!

Si no le conoces y adoras, si no anhelas estar donde Él está, si nunca has conocido maravilla y éxtasis en tu alma por Su crucifixión y resurrección, tu afirmación de ser cristiano carece de base. No puede estar relacionado en absoluto con la verdadera vida y experiencia cristianas.

Mientras tanto, creo que como cristianos debemos estar dispuestos a permitir que todo lo feo en nuestras vidas sea crucificado. Tenemos en verdad que adorar al Señor de toda belleza en espíritu y en verdad. No es algo popular, porque tantos cristianos Insisten en que tienen que ser entretenidos mientras están siendo edificados. He sido por mucho tiempo un estudioso de la vida y el ministerio de Albert B. Símpson, el fundador de la Alianza Cristiana y Misionera. Os transmito esta advertencia suya de que podemos llegar a enamorarnos tanto de los buenos dones de Dios que descuidemos adorar al Dador.

El doctor Símpton fue una vez invitado a predicar en una conferencia bíblica en Inglaterra, acerca del tema que le habían asignado de "santificación". Cuando llegó, descubrió que debía estar en la plataforma con otros dos maestros bíblicos. A los tres les había sido dado el mismo tema: «Santificación».

El primer orador empleó su tiempo poniendo en claro su postura de que la santificación significaba erradicación. -La persona santificada ha quedado privada de su vieja naturaleza carnal, tal como eliminaríais un yerbajo de vuestro huerto; erradicada.»

El segundo orador se levantó y expuso su postura de que la santificación significaba la supresión de la vieja naturaleza. -El "viejo hombre" siempre estará ahí», dijo él, -y vuestra victoria es sentaros sobre la tapadera y mantenerlo abajo, vencéndolo en su propio juego. Tiene que ser suprimido».

Ésta no era una situación fácil para el doctor Simpson que estaba programado como el tercer y final orador. Le dijo al auditorio que sólo podía presentar al mismo Cristo como la respuesta de Dios. -Jesucristo es vuestro Santificador, vuestra santificación, vuestro todo en todo. Dios quiere que apartéis vuestras miradas de los dones, de las fórmulas, de las técnicas. Quiere que vuestra mirada se fije en el Dador, en el mismo Cristo. Él es vuestro Señor. Adoradle.»

Ésta es una palabra maravillosa para los que quieran adorar rectamente.

*Antes era la bendición;
Ahora es el Señor.*